
PALABRAS Y PLUMAS

Personas que hablan en ella:

- **MATILDE, princesa de Salerno**
- **PRÓSPERO, príncipe de Taranto**
- **Don ÍÑIGO, caballero español**
- **El REY de Nápoles, don FERNANDO I**
- **SIRENA**
- **LAURA**
- **GALLARDO, lacayo**
- **El DUQUE de Rojano**
- **LISENO**
- **RUGERO**
- **TEODORO**
- **LAURINO**
- **Un CRIADO**
- **ACOMPAÑAMIENTO**

ACTO PRIMERO

*Salen PRÓSPERO, bizarro, con muchas plumas, y
MATILDE*

MATILDE: ¡Ah, príncipe de Taranto!

¡Próspero, señor, mi bien!

Espera, el paso deten.

o anegaráte mi llanto

PRÓSPERO: Siendo el desengaño tanto,

ya mi sufrimiento pasa,

por mas que tu amor me abrasa,

las leyes de mis desvelos;

mas ¿cuándo huyeron los celos

que no volviesen a casa?

¡Ingrata! ¿Qué es lo que quieres?

¿Para qué a voces me llamas?

Cuando a don Íñigo amas,

¡finges que por mi te mueres!

Terribles sois las mujeres,

pues a la sombra imitáis,

y como ella, cuando amáis,

leves, del que os sigue huís.

Al que os desprecia seguís,

al que os adora engañáis.

Si el alma a un español das,

¿por qué en mí tu amor ensayas?

MATILDE: Injúriame, y, no te vayas.

Poco has dicho, dime más.

Mientras que presente estás,

tengo vida; y solo el rato

que ausente mi amor retrato,

no hay para mi mal paciencia.

Compre a injurias tu presencia

mi amor, que lance es barato.

¿De qué estás, mi bien, quejoso?

¿Quién ha podido ofenderte?
 Que puesto que vivo en verte
 amante cuanto celoso,
 como pende mi reposo
 del tuyo, aunque así aseguras
 la fe que en celos apuras,
 si hace el gasto tu pesar.
 No pretendo yo comprar
 a tu costa mis venturas.

PRÓSPERO: Cautelosa persüades
 favores con que me enciendes.
 ¿Por qué mentiras me vendes
 con máscaras de verdades?
 Afeitadas crueldades
 tiranizaron mis años;
 no desmientas desengaños
 que han de hacer en tus mudanzas
 por dilatar esperanzas
 mas incurables mis daños.

Ya con el pleito saliste.
 Lo que no han hecho soldados,
 bastaron a hacer letrados.
 Con ellos al fin venciste.
 Si mi amor entretuviste
 hasta gozar su gobierno,
 princesa eres de Salerno.
 Estado tienes bastante
 con que enriquecer tu amante,
 más dichoso, no más tierno.

Ya yo sé que en esta empresa,
 si fingiste amarme tanto,
 fue por verte de Taranto,
 siendo mi esposa, princesa;
 pues Salerno te confiesa
 por tal, y perdió Rugero
 por libros lo que el acero
 ganó e impides que cobre,
 goza a don Íñigo pobre,
 español y lisonjero.

Entronícese en tu estado;

que la que es rica y se casa
 con pobre, lleva a su casa
 en un marido un criado.
 Su hacienda ha desperdiciado
 en la firme pretensión
 de tu amor; y ansí, es razón
 que premies su intento casto;
 pues amor con tanto gasto
 te obliga a restitución.

MATILDE: Puesto que me haya el derecho
 que tengo a Salerno dado
 la posesion de su estado,
 que Rugero había deshecho,
 ¿a qué propósito ha hecho
 argumentos tu malicia
 contra la clara noticia
 que sabes de mi valor,
 echando a mi noble amor
 sambénitos de codicia?

Tan lejos de apetecer
 tu estado estoy por quererte,
 que quisiera empobrecerte
 para darte nuevo ser.
 Si estuviera en mi poder,
 la vida y ser te quitara,
 que luego en ti mejorara;
 para que de esta manera,
 cuanto más te engrandeciera,
 más a amarme te obligara.

De don Iñigo confieso,
 puesto que en vano trabaja,
 lo que en amar se aventaja,
 pues es del amor exceso;
 mas si coligieras de eso
 la derecha conclusión,
 sacaras la obligación
 que a mi fe constante tienes,
 pues a él le pago en desdenes,
 y a ti con el corazón.

Si yo fuera agradecida,

y mi voluntad juzgara
 sin pasión, su amor premiara
 dándole mi estado y vida;
 pero está tan oprimida
 por ti, que en vez de quererle,
 aun no oso favorecerle
 con solamente mirarle.
 Mira cómo podré amarle,
 si tengo pena de verle.

PRÓSPERO: ¿Luego osarásme negar
 que agora cuando mantiene
 la sortija que entretiene
 a tus puertas el lugar,
 No se ha venido a cifrar
 en ser él favorecido
 de ti, y en que hayas salido
 con el estado que esperas?
 Si tú no lo permitieras,
 nunca él se hubiera atrevido
 Al punto que en tu favor
 salió la alegre sentencia,
 en mi agravio y competencia
 hizo alarde de su amor.
 Joyas de sumo valor
 dio en albricias; que no hiciera
 más, si mi estado tuviera.
 ¿Y quién negarme podrá
 que ninguno albricias da
 de lo que adquirir no espera?

MATILDE: ¿Qué diste tú a quien la nueva
 de mi dicha te llevó?

PRÓSPERO: Abrazos el gusto dio,
 que en ti su ventura aprueba,
 promesas, que quien las lleva,
 presto vendrá a ejecutar.
 De plumas hice adornar
 mis pajes, porque en sus galas
 cifrase el Amor las alas
 con que al cielo ha de volar.
 Encarecí con razones

y agradecí con palabras
tu suerte.

MATILDE: ¡Pródigo labras
en mi amor obligaciones!
Mas las que agora propone,
pudieran, cuando las sumas,
por mas que amarme presumas,
borrar la fama que cobras;
pues debo al español obras,
y a ti palabras y plumas.

 Mas como tras ti te llevas
la inclinación que te adora,
una pluma tuya agora
estimo en más que las pruebas
gastos e invenciones nuevas
de ese español, cuyo fuego
aborrezco, aunque no niego
que con victoria saliera,
si en su pretensión tuviera
un juez que no fuera ciego.

 ¿Con que favores le he dado
esperanzas, y a ti enojos,
pues ni aun con risueños ojos
sus servicios he mirado?
¿En qué saraos he danzado
con él? ¿De qué formas quejas?
¿Qué coche, desde las rejas,
músicas dando a mi calle,
no puse, por no escuchalle,
candados a mis orejas?

 Si me tiene voluntad,
¿podré quitársela yo,
pues aun Dios no sujetó
su albedrio y voluntad?
Si con liberalidad
gasta y destruye su casa,
justa, ronda, rompe, abrasa,
¿ha de sacar mi rigor
premáticas que en su amor
y en sus gastos pongan tasa?

Si agora corre por mí
 sortija en mi misma calle,
 y por gozarla y gozalle,
 a Nápoles trae tras sí,
 ¿pude hacer yo mas por ti,
 porque satisfecho estés
 y no te enojés después,
 que despejando el balcón,
 quedar en reputación
 de ingrata y de descortés?

Anda, amores, que estás loco.
 Tener celos y encubrirlos
 es amor; pero pedirlos
 es estimarte a ti en poco.
 Si con esto te provoco,
 y ya tu enojo se ablanda,
 entra en la sortija, anda.
 Muestra que sales por mí.
 Dame esa pluma turquí,
 y ponte esta verde banda;
 que mis celos trocar quiero
 en esperanza segura.

PRÓSPERO: Hechizos de tu hermosura
 cera me hacen, si fui acero.

MATILDE: ¿Vas seguro?

PRÓSPERO: Estarlo espero.

MATILDE: ¿Correrás?

PRÓSPERO: Por agradarte;
 mas para que pueda darte
 el premio, ¿con qué favor
 piensas animar mi amor?

MATILDE: Con reírme y con mirarte

Vanse. Salen el REY y RUGERO

REY: Rugero, el pésame os doy
 de la pérdida presente,
 y tanto más triste estoy,
 cuanto os miro mas prudente

y más cortesano. Hoy
 mi consejo os ha quitado
 a Salerno, defendido
 por vos como gran soldado;
 que más con vos ha podido
 que un ejército, un senado.

El favor que permitió
 la justicia en él os hice.
 En fin Matilde os llevó,
 con la sentencia felice,
 el estado que os quitó.

Pero pues a mi pesar
 os son contrarias las leyes,
 y no es costumbre llegar
 a dar pésames los reyes,
 pudiendo mercedes dar,
 conde os hago de Celano.

RUGERO: Diré, de aquesa manera,
 señor, con César romano,
 "Si no perdiera, perdiera
 la merced que hoy por vos gano;
 pero en fin, sois heredero
 en el reino y el valor
 del magno Alfonso el primero
 de Nápoles, resplandor
 de la pluma y el acero.

Siglo de oro fue por él.
 Los pies mil veces os beso.

REY: Sois vasallo noble y fiel,
 y el sentimiento os confieso
 que esta sentencia crüel
 me causa, pues sin Salerno,
 bajáis de príncipe a conde.

RUGERO: Por veros, señor, cuán tierno
 vuestra alteza corresponde
 a mi lealtad, su gobierno
 menosprecio; pues si es cierto
 el amor que habeis mostrado
 y en vuestra privanza advierto,
 no iguala su principado

al que en vos he descubierto.

Lo que aquí sentirse puede,
 por ser de más importancia,
 es ver que Matilde herede
 a Salerno, y que de Francia
 la facción tan fuerte quede;
 que del conde de Anjou es
 deuda, y amiga en extremo,
 y pretendiendo el francés
 quitaros el reino, temo
 no salga con su interés;
 que si Matilde le ayuda
 y en Salerno le da entrada,
 pongo a Nápoles en duda.

REY: Ya sé cuán apasionada
 Matilde, si no se muda,
 es del conde mi enemigo
 y el daño que puede hacerme.

RUGERO: De eso soy yo buen testigo,
 y sé que el conde no duerme,
 pues trae de Francia consigo
 un ejército volante
 a ponernos en aprieto.
 Si con él pasa adelante,
 y el de Taranto, en efeto,
 siendo de Matilde amante,
 no aseguró su lealtad
 con vuestra alteza...

REY: Los dos
 juraron fidelidad,
 estando delante vos,
 a mi corona.

RUGERO: Es verdad;
 pero ¿cuándo el interés
 en juramentos repara?
 Yo sé, que por el francés
 la princesa se declara
 de Salerno, y que después
 a Nápoles perderás
 siendo Matilde traidora

como lo es; pero podrás
poner remedio, si agora
conmision, señor, me das
para visitar su casa.

Cartas ofrezco traerte
del conde, que a Italia pasa
a instancia suya.

REY: Tu suerte
si basta hoy te ha sido escasa,
te ofrece prosperidad
notable, si aqueso pruebas.

RUGERO: Esto es, gran señor, verdad.

REY: Mi comision, conde, llevas.
Usa de mi autoridad.
Su casa toda visita;
saca a luz esa traicion;
que si a Salerno te quita,
presto con su posesion
tu fe y lealtad te acredita.
Ven, y daréte en secreto
la provision que has pedido.
Sé en su ejecucion discreto.

RUGERO: (El estado que he perdido Aparte
hoy restaurar me prometo.
Con una carta fingida
a Salerno poseeré
sin que otro pleito lo impida.)

REY: Siempre esta Matilde fue
arrogante y presumida.

*Vanse. Salen don ÍÑIGO y
GALARDO*

ÍÑIGO: Pésame hacer disparates,
de mis locuras indicios
ya que no de mis servicios.
Quítame esos acicates;
arroja esas galas viles
en el fuego, su elemento.

Esparce plumas al viento,
mudables como sutiles.

Dame una capa y sombrero
con que cubra mi dolor.

GALLARDO: Pues fuiste mantenedor,
manten el seso primero.

¡Cuerpo de Dios! Que sin él,
vanas sortijas mantienes.

¿Qué diablos es lo que tienes,
que me traes, sin ser lebrel,

desde Nápoles aquí
al galope, despeado?

Seis sortijas has llevado;
diez premios ganar te vi.

Toda la corte te pinta,
en la gala y la destreza,
por fénix de la belleza.

¿A qué vuelves a tu quinta,
desesperado y sin seso
corriendo por el camino?

ÍÑIGO: ¡Ay Gallardo! Un desatino
que ha de acabarme confieso.

Plegue a Dios, si amase más
a Matilde, si la viere,
si más servicios la hiciera,
si la nombrare jamás,

que me de el acero humilde
de un cobarde muerte infame.

Desde hoy ninguno me llame
pretendiente de Matilde.

Nadie a Matilde me nombre
que ni Matilde es mi dama
ni a Matilde, mi amor llama,
ni ya de Matilde el nombre
obliga mi pecho humilde.

Sin Matilde viviré.

Matilde mi muerte fue.

Líbreme Dios de Matilde.

GALLARDO: Eso es, "No juréis, Angulo,
juro a Dios no juro." Dale

con Matilde, mientras sale
del alma en que la intitulo.

¡Bien cumples de esa manera
lo que acabas de jurar!

ÍÑIGO: De este modo quise echar
todas las Matildes fuera
que estaban dentro del pecho.

GALLARDO: ¿Quedan mas?

ÍÑIGO: Son infinitas.

GALLARDO: Pues si una a una las quitas,
trabajarás sin provecho.
Purgarte será mejor;
que si tantas en ti están,
mejor por junto saldrán
a vueltas de esotro humor.

¿Agora sales con eso,
y en su servicio has gastado
cuanta hacienda has heredado?

ÍÑIGO: No quiero gastar el seso.

GALLARDO: ¿El seso? ¡Tarde piache!

Ojos que le vieron ir,
no le verán mas venir,
si no es que por él despache
algún Astolfo, propicio
ea cielo, en su libertad,
al valle de Josafad,
donde ha de ser el jüicio;

Que allí debe estar el tuyo
porque si seso tuvieras,
ni imposibles pretendieras
--Perdona si te concluyo--
ni hubieras hecho, señor,
los gastos que sin provecho,
empobreciendo, te han hecho
hijo pródigo de amor.

ÍÑIGO: Por Matilde todo es poco.
¡Ojalá que más pudiera,
porque más por ella hiciera!

GALLARDO: En fin, ¿la amas?

ÍÑIGO: Estoy loco.

GALLARDO: ¿Y el juramento?

ÍÑIGO: Si arraiga
Amor, nadie echarle intente;
que quien ama, jura y miente.

GALLARDO: Jura mala en piedra caiga.
Tu hermana a verte ha salido.

ÍÑIGO: Sácame sombrero y capa.

GALLARDO: Dispense Amor, sin ser papa,
los votos que no has cumplido.

Vase GALLARDO. Sale SIRENA

SIRENA: ¡Hermano! ¡Mantenedor,
y antes de acabar el día
en casa y sin compañía,
que en fe de vuestro valor,
venga con vos!

ÍÑIGO: ¡Ay Sirena!
Como mantengo rigores,
Me acompañan disfavores,
que apadrinan hoy mi pena.
No se acabó la sortija;
que Matilde desazona
cuantos placeres pregona
mi voluntad, ya proliza
en servirla.

SIRENA: ¿Por qué azares?

ÍÑIGO: Oye de amor desvaríos;
que siempre contentos míos
se rematan en pesares.

Murió Leonelo de San Severino,
príncipe de Salerno, gran soldado,
dejando sola una hija y un sobrino,
los dos competidores de su estado.
Rugero, que fue el uno, al punto vino,
de armas, deudos y gente acompañado
y echando a mi Matilde de Salerno,
tomó con mano armada su gobierno.

Decía para esto que heredaba
aquel estado antiguo, solamente

varón, y no mujer; y que alegaba
 la inmemorial costumbre de su gente.
 Matilde en contra, por razon probaba
 que el mayorazgo solo a aquel pariente
 que fuese mas cercano, daba nombre,
 de su señor, o fuese mujer u hombre.

Dividióse de Nápoles la tierra
 en bandos, cada uno dando ayuda
 a su parte, parando el pleito en guerra
 que la aficion los naturales muda.
 Pero Rugero en la ciudad se encierra
 con las armas poniendo el pleito en duda
 defendiendo su célebre milicia
 mejor su profesion que su justicia.

Mas metiéndose el papa de por medio
 al consejo de Nápoles de estado
 redujo el pleito, dando un sabio medio
 con que quedó Rugero apaciguado:
 porque fundando el fin de se remedio,
 en verse de Fernando el rey privado,
 con su favor creyó torcer los jueces,
 porque el poder sentencia muchas veces.

Solo aquí la verdad fue poderosa;
 pues saliendo Matilde con su intento,
 quedó con el estado vitoriosa,
 frustrado de Rugero el pensamiento.
 Luego pues que la nueva venturosa
 se supo, pidió Amor a mi contento
 albricias, que quedaron a mi cargo;
 que no es amante noble el que no es largo.

Mil joyas di, vestidos y dineros;
 y como si yo fuera el que heredaba,
 amigos convidaba y caballeros:
 El parabien a mi esperanza daba.
 En fin, mostrando que eran verdaderos
 los deseos que Amor en mí animaba
 delante de la puerta de mi dama
 a una sortija mi valor los llama.

Mantuve en ella mi esperanza muerta
 y con galas, que tuvo prevenidas

la confianza de esta dicha cierta,
 las fiestas publiqué no agradecidas.
 Los premios y el cartel fijé a su puerta
 anoche con cien hachas encendidas,
 y alborotado Nápoles con esto,
 con el sol madrugó al festivo puesto.

Salí al son de trompetas y clarines,
 de deudos y padrinos rodeado,
 y hallé en balcones del amor jardines
 que son damas sus flores, si él su prado.
 En telas de doseles, de cojines
 --donde lo menos que hubo fue brocado--
 mostró la ostentación napolitana
 el poder de su gente cortesana.

Saqué de verde y nácar el vestido,
 de manos de oro todo recamado,
 qQue de las obras símbolos han sido,
 y al silencio en los labios un candado,
 con esposas y grillos a un Cupido,
 que del mismo silencio coronado,
 daba este verso, pienso que discreto,
 "Obrar callando y padecer secreto."

SIRENA: Pintaste tu amoroso sentimiento,
 y los servicios que a tu dama hiciste,
 discretamente. ¡Lindo pensamiento!

ÍÑIGO: El marqués Alejandro luego asiste
 también de verde, aunque con otro intento;
 porque aforrado el verde en luto triste,
 dio la letra...

SIRENA: ¿Y decía...?

ÍÑIGO: ...de esta suerte,
 "Creciera mi esperanza, a no haber muerte."

SIRENA: ¿Obsequias en la fiesta hizo a su dama?

ÍÑIGO: Murió su amor, muriéndose Rosela.
 El conde de Astavilla cuya fama,
 a pesar de la envidia al cielo vuela,
 la ropa azul de mil fuegos recama,
 y entre los cuatro vientos una vela
 sacó encendida.

SIRENA: ¡Traza peregrina!

¿Y fue, hermano, la letra?

ÍÑIGO: Esta latina,

Etenam non potuerit mihi.

De vientos vanos sus contrarios trata
y a su valor la vela hizo, encendida,
a quien ni envidia ni sospecha mata.

SIRENA: Fue su nobleza un tiempo perseguida.

ÍÑIGO: Sacó don Hugo de Aragón, de plata
fina aljuba pajiza guarnecida,
y un loco a quien el tiempo en vano cura.

SIRENA: ¿La letra?

ÍÑIGO: "Por amor, esto es cordura."

SIRENA: De la de Amalfi dicen que es amante.

ÍÑIGO: Grimaldo, a quien su dama desestima
y él la sirve pacífico y constante,
salió de pardo.

SIRENA: Su trabajo anima.

ÍÑIGO: La empresa lo declara.

SIRENA: ¿Y fue?

ÍÑIGO: Un diamante,
y una mano junto a él con una lima
De acero.

SIRENA: Ya en el alma de ella toco.

¿Cómo dijo la letra?

ÍÑIGO: "Poco a poco."

SIRENA: Todo lo vence amor que persevera.

ÍÑIGO: De labrador, don Jaime de Moncada
salió con un gabán de primavera.

SIRENA: Halló su dama en Aragón casada.

ÍÑIGO: Eso en la empresa declarar espera.

SIRENA: ¿Y fue?

ÍÑIGO: Sembrar una heredad arada.

SIRENA: ¿Y la letra?

ÍÑIGO: Decía, "Amor villano
Siembra esperanzas, y otro coge el grano."
Hércules de Este, Adonis en las galas
y en la milicia César, en un cielo
pintó una dama, y él, haciendo escalas

de picas y banderas, desde el suelo
a conquistarla sube, aunque sin alas;
que mas levanta el ánimo que el vuelo.

SIRENA: ¿La letra?

ÍÑIGO: De su amor ponderativa...

SIRENA: ¿Decia...?

ÍÑIGO: "Aunque estuvieses más arriba..."

No cuento las demás, por no cansarte.
Corrí con todos, y llevé seis veces
la sortija, y diez precios, que en tal parte,
a ser los ojos de Matilde jueces,
me condenaran. No sabré contarte,
porque de verme triste te entristeces,
el pesar, mi Sirena, que mostraba
si la sortija o precio me llevaba.

Por no sufrirlo, en fin, de la ventana
se quitó, porque en tal desdén presumas
el fruto inútil de mi suerte vana,
cero de Amor, si mis servicios sumas
hasta que al fin de una hora volvió ufana
por ver entrar cubierto de oro y plumas
al de Taranto, dándole sus ojos
colmos de gustos, como a mí de enojos.

Vestido de los pies a la cabeza
de mas plumas que el mayo tiene flores
él y el caballo cifran su firmeza
solo en la liviandad de sus colores.
Pobló de lenguas de oro la riqueza
de su alada divisa; que habladores
en palabras y plumas su amor gastan.

SIRENA: ¿La letra?

ÍÑIGO: "Si le alaban, aun no bastan."

SIRENA: Diverso fue del tuyo su conceto.

Él en palabras todo su amor precia,
y tú en obrar callando; que es discreto
aunque Matilde tu valor desprecia.
Obrar callando y padecer secreto,
su habladora divisa juzgo necia,
pues de plumas y lenguas hizo alarde
porque el parlero Amor siempre es cobarde.

ÍÑIGO: Corrió conmigo la primera lanza,
y derribóle en medio la carrera,
sospecho que su loca confianza,
tropezando el caballo.

SIRENA: Bien pudiera
volar con tanta pluma.

ÍÑIGO: La venganza
de mi amor, que le vio de tal manera,
más cortés que soberbia a darle ayuda
me manda, hermana, que lijero acuda.
Del caballo me apeo, y que me pesa
de su desgracia nuestro; arriba subo
con él, donde el favor de la princesa
más amoroso que discreto estuvo.
Lloró de amor y enojo, y de esta empresa
la causa atribuyendo al que mantuvo.
"Sólo, español, por vos, loco y prolijo
me sucede este mal," la ingrata dijo.
Cesar la fiesta manda, y yo de celos,
agravios y desdenes provocado,
no sé si dije injurias a los cielos;
pero sé que bajé desesperado.
Mandé quitar los precios y arrojélos,
por ver mi amor cortés tan mal pagado
subo a caballo, y loco y ofendido,
me parto, y de ninguno me despido.
Este fin han tenido, mi Sirena,
mis servicios, mi amor, mi confianza.
Sólo es Matilde, para darme, pena
y desdenes, mujer, y no mudanza.

SIRENA: Hecho estás a sufrir. Tu enojo enfrena
que la firmeza lo que intenta alcanza.
La letra que sacaste en ti haga efeto.
"Obrar callando y padecer secreto."

*Sale GALLARDO, que saca la capa y el sombrero de su
amo*

GALLARDO: Ponte capa y sombrero, si jardines

quieres ver por el mar sobre carrozas
del agua, que tiradas de delfines
llevan al sol que en esperanzas gozas.

Al son de chirimías y clarines
Malilde y otras seis bizarras mozas,
emulación de Venus la mas fea,
dando a sus ondas luz, barloventea.

En un esquife, de cristal la popa,
con seis remeros jóvenes por banda,
de casacas vestidos, leve ropa,
pues son de raso, y el calzon de holanda
al toro imitan robador de Europa;
y con ellos la mar piadosa y blanda,
sufre los remos, plumas de sus alas,
dorados de los puños a las palas.

SIRENA: A Puzol, quinta suya, aquí cercana,
irá. Desde el terrado puedes vella.

ÍÑIGO: ¿Yo a mujer tan ingrata, tan tirana?
Plegue a Dios, si pusiere mas en ella
los ojos, si la viere más, hermana;
si aunque el mar, que soberbias atropella
volcando el barco, su rigor vengara,
me moviera a piedad y la ayudara,
que de sus mismos peces sea sustento.
Ya, Sirena, aborrezco su hermosura.
Próspero salga a verla; que contento
es Próspero en el nombre y la ventura.

GALLARDO: ¿Qué tanto has de guardar el juramento?

ÍÑIGO: Un siglo.

GALLARDO: ¿Que tahur, qué amante jura
de no jugar o amar, sin volver luego
éste a su pretensión, aquél al juego?

SIRENA: Yo subo a verla; que aunque mas porfies
haciendo a tus deseos resistencia,
has de seguirme.

GALLARDO: Nunca en votos fies;
que conmuta el Amor en penitencia.
Ven, y verás damascos y tabies
que, haciendo al sol en toldos competencia,
persüaden al mar que es hoy en suma

Matilde Venus, hija de su espuma.

*Vanse SIRENA y GALLARDO. Sale
PRÓSPERO*

PRÓSPERO: Don Íñigo, ya ha llegado
a extremo mi sufrimiento,
que pasar de él no consiento
a mis celos y cuidado.

Haciendo agravio a mi amor,
nota de mí vendré a dar.

El querer bien y el reinar
no sufren competidor.

Quiero bien, y rey me llama
Matilde de sus deseos.

Un año ha que en sus empleos
añado leña a la llama

que en premio de mis desvelos

Matilde hermosa me ofrece
y aunque el fuego de amor crece
cuando le atizan los celos,

fuera menosprecio mío
que, compitiendo los dos,
tuviera celos de vos;
que más de Matilde fío.

Cuanto a esta parte, no estoy
celoso, aunque sí ofendido,
de que os hayáis atrevido
a amar, sabiendo quien soy,

aun la sombra de Matilde
que mirar no merecéis.

¡Vos competencia me hacéis,
pobre, extranjero y humilde!

¡Vos en público a sus puertas
carteles de amor fijáis,
y esperanzas publicáis
más locas cuando más ciertas.

¡Vos sortijas mantenéis,
convidando aventureros,

cuando aun para manteneros
a vos mismo no tenéis!

ÍÑIGO: Próspero, tratad mejor
a quien os sufre discreto;
pues demás de que respeto
vuestra nobleza y valor,
Reverencio a la princesa
en vos, pues sé que os ama.
Príncipe Taranto os llama;
la sangre real que interesa
vuestra casa, es conocida
y de mí siempre estimada.
España fue patria amada
puesto que no agradecida,
de mi padre y su ascendencia,
de quien nobleza heredé.
Rui Lopez de Ávalos fue
condestable, en la prudencia
y la lealtad más notable
que tuvo ni tendrá el mundo,
aunque don Juan el segundo,
si le hizo conde, no estable.
De la envidia buyó a Aragón
porque a no ser perseguida
no es la virtud conocida.
Vino a Italia, en conclusión
con don Alfonso el primero
de Nápoles, de Fernando
padre, que el reino ganando
con su prudencia a acero,
hizo al tiempo coronista
inmortal de su memoria.
No alcanzó Alfonso vitoria
en esta noble conquista,
que no se la atribuyese
al esfuerzo y al valor
de mi padre vencedor.
Dióle estado de que viviese
a su gusto y elección;
que no quiso escarlentado

otra vez entronizado,
provocar a la ambición.

Éste heredé, y como mozo
supe conservar tan mal,
que le gasté liberal,
porque de serlo me gozo;
y supuesto que es mudable
el estado y la riqueza,
siendo el valor y nobleza
accidente inseparable,
pues en ella me señalo,
estimad la calidad
en más que la cantidad,
porque en cuanto esta os igualo;
que yo con vos no compito,
ni el vuestro mi amor contrasta.
Con una voluntad casta
a Matilde solicito,
sin que ose mi atrevimiento
más que alimentar cuidados,
dichosos por empleados
en tan alto pensamiento.
¿Qué ocasión en esto os doy
para agraviaros?

PRÓSPERO: Bastante
es que os tengan por amante
todos de quien yo lo soy;
que es estimarme a mí en poco.
Si de ser loco os preciáis,
y con eso os disculpáis,
haré vestiros de loco,
y quedará disculpado
vuestro pensamiento altivo.

ÍÑIGO: Príncipe, no deis motivo
a algún caso desdichado;
que si apuráis mi paciencia
y no refrenáis los labios,
romperán vuestros agravios
las riendas de mi prudencia.
Haced de quien sois alarde,

y mirad que siempre ha sido
el valiente comedido
y descortés el cobarde.

PRÓSPERO: Sois un....

ÍÑIGO: Paso, que sé ser
hombre, que a pesar de sumas
de ducados, corto plumas,
y las habréis menester
para volar, si me enojo.
Advertid que está mi espada
en vuestro agravio afilada,
y si una vez la despojo
de la vaina que profesa,
y en vengarme se resuelve,
es león que nunca vuelve
a su manida sin presa.

PRÓSPERO: Ea, arrogante español,
haced mas, y no habléis tanto.

Echan mano

ÍÑIGO: Ya, príncipe de Taranto,
que su acero ha visto el sol,
no la culpéis, si desnuda
a vuestro pecho se pasa;
que a quien sacan de su casa,
en la que encuentra se muda.
Sabe el cielo que me pesa
de ofender ml dama así.

Salen SIRENA y GALLARDO

SIRENA: Si hay valor hermano en ti,
favorece a la princesa;
que hecho el esquife pedazos
en una roca espantosa,
ya con el mar amorosa,
da a sus olas mil abrazos,

porque en ellas no la anegue.
 ÍÑIGO: Príncipe, ésta es ocasión
 de amor y de obligación.
 más presto en su ayuda llegue
 el que más de veras ama.
 Volad, pues os sobran plumas;
 que si amor es fuego, espuma
 del mar no apagan su llama.

Vase don ÍÑIGO

SIRENA: Pues, señor, ¿qué flema es ésa?
 ¿Es razón que ansí os quedéis,
 cuando en tal peligro veis
 anegarse a la princesa?
 Mi hermano, aunque aborrecido
 va a socorrerla; seguidle,
 y pagad ansi a Matilde
 el amor que os ha tenido,
 para que en vos se colija
 que llega al último extremo.

PRÓSPERO: Mi salud, Sirena, temo,
 que cayendo en la sortija,
 me puede hacer mucho daño
 entrar en el mar tan presto.
 En obligación me ha puesto
 el favor noble y extraño
 que de don Íñigo escucho,
 y a premiársele me allano;
 mas es de Sirena hermano,
 y ansí del mar sabe mucho.
 Yo en peligro semejante,
 ¿qué ayuda le puedo dar
 si nunca supe nadar?

SIRENA: ¿Ésa es disculpa de amante?

PRÓSPERO: Adórola, vive Dios;
 mas no importa el ser amada;
 que amor vuela, mas no nada.

Vase PRÓSPERO

GALLARDO: Mas no nada para vos.
¡Miren aquí en quien ha puesto
Matilde su voluntad!

SIRENA: Esta vez, de la beldad
de Matilde es manifiesto
dueño mi hermano.

GALLARDO: No hay duda,
si la saca viva a tierra...
o en el alma un tigre encierra.

SIRENA: El tiempo las cosas muda.
¡Mucho pueden beneficios
en el más terrible pecho.
La fineza que hoy ha hecho,
junta a los demás servicios,
le han de dar debida paga.

GALLARDO: Animales hay tan fieros,
señora, aun de los caseros,
que aunque el dueño los halaga,
no puede de toda la vida
amansarlos.

SIRENA: ¿Cuáles son?

GALLARDO: Domestica tú un ratón,
criado con la comida
de tu despensa, y verás
que al cabo de un mes y un año,
mas esquivo está y extraño.

SIRENA: ¡Qué asqueroso ejemplo das!
Labrador, he yo leído,
que una vihora crió,
y al fin la domesticó,
dándola en su cama nido,
y habiendo sus hijos muerto
a uno del pastor amigo,
los despedazó en castigo,
y despues se fue al desierto

GALLARDO: Sería víbora ermitaña;
pero mi ejemplo perdona,

que la princesa es ratona,
si no premia aquesta hazaña.

Mas vuelve la vista al mar,
verás cuál nada por él
aquese humano batel
en que va Amor a pescar
merluzas, vuelto cangrejo.

SIRENA: Mi hermano es gran nadador.

GALLARDO: Pensará que pesca Amor
besugo, y será abadejo.

SIRENA: ¿Sácala?

GALLARDO: Sí, vive Dios.

SIRENA: ¡Notable dicha!

GALLARDO: Es demonio,
pues la cruz del matrimonio
a cuestras saca. Los dos
son para en uno. ¡Extremada
saldrá del mar para esposa!
Que a fe que ha de ser graciosa
desde hoy, mujer tan salada.
Ya pisa la enjuta arena;
ya trayéndola en los brazos,
quisiera, cual pulpo, en lazos
convertirse.

*Salen don ÍÑIGO, con MATILDE desmayada en los
brazos*

ÍÑIGO: Mi Sirena,
no hay ya quien mi dicha alcance.
Diestro pescador he sido,
perlas del sur he cogido.
No tiene precio este lance.
Ven, llevémosla a tu cama.

SIRENA: ¿Viene desmayada!

ÍÑIGO: Sí,
mas presto volverá en sí.

SIRENA: Vamos.

ÍÑIGO: Tus doncellas llama.

Llevan a MATILDE don ÍÑIGO y SIRENA

GALLARDO: Cumplirá el amo su antojo

si está preñado por ella;
pues, porque pueda comella,
Amor se la echó en remojo.

Cual huevo fue su hermosura,
como el por agua pasada;
pero virgen tan aguada,
dudo yo que venga pura.

Salen don ÍÑIGO y SIRENA

ÍÑIGO: No quiero yo estar delante,

que la daré mas pesar
que los peligros del mar.
Tú, hermana, serás bastante,
y tus criadas también,
para aliviar su congoja.

Y así entre tanto que arroja
el agua, ropa preven
de la mas limpia y curiosa
que tienes. Sirena mía,
impertinencia sería,
siendo tú tan generosa,
prevenirte que sacases
de tus galas la mejor;
que el mayo en aguas de olor
entre holandas derramases;
que en regalos y conservas
te esmerases de tal modo,
que seas mi hermana en todo,
ya que de esto me reservas.

SIRENA: ¿Pues dónde vas tú a tal hora,
que ya el sol su curso pasa?

ÍÑIGO: Estando Matilde en casa,
no ha de haber otra señora
mas que ella. Su honestidad

pide que así la asegure,
y que liberal procure
conquistar su voluntad.

Yo sé que el mayor servicio
que puedo hacerla, Sirena,
es irme y no darla pena
con mi vista.

SIRENA: Noble indicio

da tu valor en el mundo
tu discreción considero,
generoso en lo primero,
y cortés en lo segundo.

Vete, con Dios, que yo quedo
en tu lugar. Vístete
ropa enjuta.

ÍÑIGO: Así lo haré.

SIRENA: Yo te desharé, si puedo,
esta nieve que te abrasa.

ÍÑIGO: Anda, y no te apartes della.

GALLARDO: (¡Oh cuerpo de Dios con ella, Aparte
y con quien la trujo a casa!)

Vanse todos. Salen RUGERO y TEODORO

RUGERO: ¡Que me quitó tal ventura
este español! ¡Que a ayudar
la fuese cuando la mar
darme a Salerno procura!
¡Que la sacase en sus brazos!

TEODORO: ¿Hay temeridad mas loca?

RUGERO: ¡Que en mi favor una roca
hiciese el vaso pedazos!
¡Oh! Maldiga Dios a España,
y a quien bien quiere a su gente!

TEODORO: Es don Íñigo valiente.

RUGERO: ¡Bravo amor, y brava hazaña!

TEODORO: Desmayada la sacó,
y en su quinta la regala,
porque a su desdén iguala

la nobleza que heredó;
 pero ¿qué importa su ayuda,
 si siendo del rey privado,
 comisión, conde, te ha dado,
 con que has de quedar sin duda
 en la quieta posesión
 del estado que perdiste?
 Si ya la carta escribiste,
 y según tu provisión,
 su casa has de visitar,
 ¿su favor de qué aprovecha?

RUGERO: Su firma tengo contrahecha,
 y el papel le pienso echar
 entre los demás que tiene
 en su escritorio guardados.

TEODOBO: Heredarás sus estados,
 si a las manos del rey viene.

RUGERO: Si, Teodoro; mas traiciones
 duran poco, y mucho dañan.
 Si los tiempos desengañan
 mis soberbias pretensiones,
 ¿qué he de hacer?

TEODORO: Déjate de eso.

RUGERO: ¿Mas seguro no me fuera
 que el mar sepulcro la diera,
 y que por este suceso,
 sin marañas, heredara
 lo que este español me quita?

TEODORO: Tu ventura solícita,
 que el favor del rey te ampara.
 De Salerno te apodera;
 que si su dueño te ves,
 defendiéndole después,
 cuando sepa esta quimera
 el rey, importará poco.

RUGERO: Aquí Matilde no está?
 La noche ocasión me da
 con que de este español loco
 me vengue, y a la princesa
 la vida pueda quitar.

Esta quinta he de abrasar,
 con que aseguro mi empresa
 mejor que en cartas fingidas.

TEODORO: ¿Cómo lo piensas hacer?

RUGERO: Esta noche he de poner
 fuego a costa de sus vidas,
 sin que se sepa el autor,
 a esta casa; pues durmiendo
 su gente, salir pretendo
 con mi esperanza mejor.

El viento del mar me ayuda
 para abrasarla con él.

TEODORO: ¡Determinación crüel,
 mas provechosa sin duda!
 A propósito es la hora.

RUGERO: Vamos, que si dicha tengo,
 hoy del español me vengo,
 y muere mi opositora.

*Vanse. MATILDE, en ropa de acostarse, y PRÓSPERO,
 como de noche*

MATILDE: Príncipe, ¿qué atrevimiento
 es éste? ¿Como asaltáis
 de noche casas ajenas?

PRÓSPERO: Propias las puedes llamar,
 ingrata, pues mis desdichas,
 para que padezca más,
 siempre a don Íñigo ofrecen
 empresas, con que obligar
 a que amándole, me olvides.
 ¿Quién duda que ya tendrás
 a su atrevido socorro
 rendida la voluntad?
 Tres años ha que te sirve,
 y que gasta liberal
 la hacienda en tu pretensión
 que ha desperdiciado ya.
 Dio albricias en tu sentencia.

Mantuvo diestro y galán
a tus puertas hoy sortija.
La de esposa le darás
en premio de ella a mi costa.
Arrojóse por tí al mar,
fiel delfín de tus peligros,
Leandro de tu beldad.
La vida te dio cortés,
y querráte ejecutar
en ella, sacando prendas
su amor de tu libertad.
Aposéntaste en su casa,
quedarte en ella querrás,
si huésped, ya señora,
si libre, cautiva ya.
Mucho pueden beneficios;
confiésolo a mi pesar.
La Ocasión hace al dichoso,
la Fortuna se la da.
Yo sin ella, y ya sin ti,
vengo solo a celebrar
a tus ojos mis obsequias.
Goces mil años y más,
aunque yo muera celoso,
su generosa lealtad,
su apacible compañía,
su florida y verde edad;
que yo en manos de la ausencia,
si es Amor enfermedad,
ausentándome de aquí,
me parto a Roma s curar.

MATILDE: Sí tú te haces juez y reo,
y la sentencia te das,
mis quejas darán en ella
testimonio de verdad.
Príncipe, obras son amores;
que las palabras se van
como son hijas del viento
tras él, sin volver jamás.
Entre las olas me viste.

con su salado cristal
 luchando a brazo partido.
 Entró en él a poner paz
 el valeroso español;
 y tú, cuerdo en el obrar
 si loco en el prometer,
 ni te atreviste a mojar
 las plumas, como tú, vanas;
 Pero no anduviste mal,
 que Amor vuela, mas no nada,
 y así no supo nadar.
 Nadó don Íñigo en fin;
 su dicha supo pescar;
 y a quien nada y me da vida,
 nada es venirle a adorar.
 Siempre fueron los peligros
 del amor y la amistad
 piedratoque que descubre
 el oro que sube mas.
 Si él es oro, y tú eres hierro,
 yerro, Próspero, será,
 despreciando su valor,
 de tu hierro hacer caudal.

PRÓSPERO: ¿Luego eso dices de veras,
 cuando probándote están
 mis celos que hablan de burlas?

MATILDE: Caíste; hiciérate mal
 entrar en el mar, que así
 te pudieras resfriar;
 y por no quererme frío,
 te guardaste. ¿No es verdad?

PRÓSPERO: ¡Basta! ¡Que de mí te burlas!
 Pues de veras me verás,
 mudable, desde hoy mudado;
 que ausí te pienso imitar.
 Laura, hermana de Rugero,
 celosa de tu beldad,
 llora, puesto que la suya
 es con la del sol igual.
 Desposándome mañana,

mi amor se despiciará;
 que contra un veneno es otro
 la cura mas eficaz.
 No pienso verte en mi vida.

MATILDE: Oye, escucha, vuelve acá.

(¡Oh inclinaciou poderosa! Aparte
 ¡Oh celos! ¡Oh Amor rapaz!
 ¿Qué no podréis todos tres,
 si el primero hace el imán
 que no pare hasta que al norte
 mire, que virtud le da?)
 Yo quiero desenojarte.
 Cesen quejas, haya paz;
 que tras celos y nublados
 Amor y el sol lucen más.
 Perdonen obligaciones,
 socorros, vida, lealtad;
 que por más que eso atropella
 Amor, cuando es natural.
 Princesa soy, joyas tengo
 oídame el mejor lugar
 don Íñigo, y no me pida
 prendas que en el alma están.
 ¿Haste ya desenojado?

PRÓSPERO: Como el Amor es rapaz,
 con poco se desenoja;
 pero corrido estará
 mientras alarde no hiciere
 de la firme voluntad;
 que con obras, como has dicho,
 saca a plaza su caudal.
 Plegue a Dios, Matilde mía,
 que te quite un desleal
 el estado con la hacienda;
 que te mande desterrar
 el rey; que en aquesta quinta
 se encienda un fuego voraz,
 para que entonces conozcas
 mi amor firme y liberal.
 No ha querido el cielo...

MATILDE: Basta
 No digas, príncipe, más;
 ni por hacerme a mi bien,
 quieras que me venga mal.
 Mas valen palabras tuyas
 que obras de otro. En casa está
 durmiendo toda su gente
 mas presto despertará.
 Vete, que abre ya el aurora
 sus vidrieras de cristal.
 En Puzol, recreación mía,
 esta tarde me verás...

Pero oye, escucha. ¿Qué es esto?

Dentro

GALLARDO: ¡Socorro! ¡Agua, que se abrasa,
 Cielos, nuestra quinta y casa!

VOCES: ¡Fuego, fuego!

GALLARDO: Acudid presto,
 que están las puertas cogidas,
 y se ha de abrasar la gente.

MATILDE: ¿Hay caso mas inclemente?

PRÓSPERO: Riesgo corren nuestras vidas.
 Mirad, princesa, por vos,
 que el fuego nos ha asaltado,
 y las puertas ha atajado.

GALLARDO: ¡Que nos quemamos, mi Dios!

MATILDE: Príncipe, ¿qué hemos de hacer?

PRÓSPERO: Por esta ventana quiero
 saltar.

MATILDE: ¿Tú eres caballero?

Si te obliga una mujer,
 a quien tanto dices que amas,
 descuélgame antes por ella.

PRÓSPERO: Todo el temor lo atropella,
 y ya se acercan las llamas.
 ¡Cómo haré lo que me mandas,

si no hay con que te librar?

MATILDE: La capa puedes rasgar
con las ligas, con las bandas
que atemos y con sus tiras
nos librarémos los dos.

PRÓSPERO: ¡Gentil espacio, por Dios,
para el peligro que miras!
Salta, princesa, tras mí,
si te atreves.

MATILDE: Pues, traidor,
¿ésa es la ayuda y favor
que me prometiste aquí?
¿El fuego que deseabas
que en la quinta se encendiese,
porque tu amor conociese?
¿Lo mucho que blasonabas?
¿El jurar, el prometer
de no dejarle jamás?

PRÓSPERO: Aquí, princesa, verás,
lo que hay del decir a hacer.
En muerte no hay juramento
con que obligarme presumas,
porque palabras y plumas
dicen que las lleva el viento.

Vase PRÓSPERO

MATILDE: Pues no pienses, enemigo,
que así tienes de librarte
que el huír he de estorbarte,
porque te abrasas conmigo.

*Vase MATILDE. Salen don ÍÑIGO, GALLARDO, y SIRENA,
alborotados*

ÍÑIGO: ¿Y dónde está mi princesa?

SIRENA: ¡Ay hermano de mi vida!

Ya de la llama homicida
será malograda presa.

En los brazos; del sosiego
durmiendo, su muerte fragua,
porque lo que no hizo el agua
ose ejecutar el fuego.

En ese cuarto se abrasa,
siendo el remedio imposible,
porque la llama terrible,
juez violento de tu casa,
de fuego ha puesto las guardas
a las puertas.

ÍÑIGO: Pues quedar
hecho ceniza, y mostrar
de amor hazañas gallardas.

SIRENA: ¿Estás loco?

GALLARDO: Señor mío,
detente, que tu afición
no es caso de inquisición,
ni tú hereje o judío.

Basta quedar de la agalla,
sin casa, ropa, ni hacienda.

ÍÑIGO: Nadie impedirme pretenda,
que he de abrasarme o libralla.
Haga aquí mi esfuerzo alarde.

MATILDE y PRÓSPERO, a una ventana

MATILDE: Conmigo te has de abrasar,
sin que te deje librar,
descomedido, cobarde.

PRÓSPERO: ¡Vive Dios, si no me dejas,
que con la daga te pase
el pecho!

MATILDE: Como te abraze
el fuego, y vengue mis quejas,
mátame.

PRÓSPERO: Suelta, atrevida,
y cuando ves que me abraso,

de palabras no hagas caso,
que más me importa la vida.

Éntranse los dos

ÍÑIGO: ¡Oh bárbaro! ¡Vive Dios,
que ha de ver por experiencia
Matilde la diferencia
que el amor hace en los dos.
 La princesa de Salerno
saldrá libre a tu pesar,
aunque lo intente estorbar
el fuego del mismo infierno.

Vase don ÍÑIGO

GALLARDO: ¡Por el tropel de las llamas
se arrojó!

SIRENA: ¡Bravo valor!
Salamandra del amor,
él te libre, pues bien amas.

GALLARDO: Envuelta en su misma capa
la trae.

*Sale don ÍÑIGO, que saca a MATILDE envuelta en la
capa*

ÍÑIGO: Vamos a la fuente
que aplaque el rigor ardiente
de que mi valor te escapa.

SIRENA: ¿Sales herido?

ÍÑIGO: ¿Qué importa,
si con la que adoro salgo?

MATILDE: Español de pecho hidalgo,
los piés te pido.

ÍÑIGO: Reporta...

MATILDE: Dos veces debo a tus brazos

la libertad con la vida.
Ella será agradecida
a tus generosos lazos.
Salerno te ha de llamar
su príncipe.

GALLARDO: ¡Buen bocado!

ÍÑIGO: Pues del fuego te he librado,
y te he sacado del mar,
ya gozan mis pensamientos
con tu vida el galardón.

MATILDE: De lo que te debo son
testigos los elementos.

(Deseos agradecidos, Aparte
mudad de amor y consejo.)

GALLARDO: Llamas, adiós, que allá os dejo
el arca de mis vestidos.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen el REY, RUGERO, y PRÓSPERO

REY: Bien, Rugero, habéis salido
con nuestra cuerda invención;
yo me doy por bien servido.
De Matilde la traición
descubierta a tiempo ha sido;
pues cuando más confiado
el Anjou contra mí parta,
saldrá en vano su cuidado.
La firma de aquesta carta
hoy a Salerno os ha dado.
Muchos años le gocéis.

RUGERO: Sirviéndoos, señor, a vos;
que aunque la guerra teméis,
Esperanza tengo en Dios
que pacífica gocéis
Esta corona, a pesar
de quien traiciones encierra.

REY: Matilde no ha de quedar
con una almena en mi tierra.

RUGERO: Y es muy justo. Secuestrar
toda su hacienda mandé;
y como tan descuidada
de su desgracia la hallé,
sin poder ocultar nada
pobre y triste la dejé;
y ha de perder el jüicio,
sin la hacienda, según queda.

REY: Dará de lo que es indicio.

PRÓSPERO: Cualquier mal que le suceda,

si anduvo en tu de servicio,
es, señor, bien empleado

REY: Quitárale la cabeza,
como le quito el estado,
a sufrirlo la nobleza
que de mi sangre ha heredado;
mas salga desposeída
de Salerno, y sienta al doble;
que afrentada y perseguida,
es la pobreza en el noble
civil muerte de por vida.

Notificadle, Rugero,
que dentro de nueve días
salga del reino, que quiero,
atajando tiranías,
ser con clemencia severo;
y escarmiente en su cabeza,
Próspero, quien contra mí
a alterar mi reino empieza.

PRÓSPERO: Toda mi vida serví
con lealtad a vuestra alteza.

REY: No lo niego yo.

PRÓSPERO: (Parece Aparte
que con palabras confusas
dudas contra mí encarece.)

REY: Sospechoso es quien excusas,
sin darle cargos, ofrece.

No pasees más adelante;
que de vuestra lealtad
no estoy, Próspero, ignorante;
aunque amor y mocedad
ciegan, tal vez, un amante.

PRÓSPERO: Yo confieso, gran señor,
que a Matilde le he tenido;
pero jamás el amor
destruye en el bien nacido
las deudas de su valor.

No supe mientras la amé
cosa en vuestro deservicio;
pero agora que lo sé,

dando de quién es indicio
mi lealtad, la olvidaré.

Y para prueba mayor
de que serviros deseo,
os suplico, gran señor,
que alentéis un noble empleo
en mejoras de mi amor.

Laura es de Rugero hermana,
y bastante su hermosura
a hacer la sospecha vana
que tenéis, si mi ventura
al yugo de Amor la allana;
pues de esta suerte mejoro
mi fe, cuando indicios claros
que os guardo el justo decoro,
y demás de aseguraros,
muestro lo que a Laura adoro.

REY: Siendo Laura tan discreta,
no creo rehusará
amor que así la respeta.

RUGERO: Mi hermana, señor, está
a vuestro gusto sujeta.

REY: Si en el mío el suyo ha puesto,
Próspero su esposo sea.

PRÓSPERO: Lo que os debo os manifiesto,
gran señor.

REY: Muy bien se emplea
en vos Laura. Mas ¿qué es esto?

Sale MATILDE, de luto, y se arrodilla

MATILDE: Pues vengo a tus pies, señor,
en mi inocencia repara;
que no osa mirar la cara
de su rey el que es traidor.
La culpa engendra temor,
y siendo un dios en prudencia
el buen rey, con la presencia
que la verdad autoriza,

al pecado atemoriza,
animando a la inocencia.

De la poca turbación
con que mi lealtad pregonó,
buenos testigos de abono
mi cara y mi lengua son.
Si da lugar la pasión,
en ellos verás sin duda
la verdad que anda desnuda,
pues cuando culpas declara,
hurta el color a la cara,
y deja la lengua muda.

A Salerno me has quitado,
y lo que es más, el honor,
que se restaura peor
que la hacienda y el estado.
Un papel solo ha bastado
a la sentencia crüel;
que la ambición cifra en él.
¿Cuándo el juez mas enemigo
condenó con un testigo,
y eso solo de papel?

Bien lo puedo recusar,
pues habla en mi perjüicio;
que no se admite en jüicio
el que se deja cohechar;
pero si él pudiera hablar.
como se deja leer,
testigo viniera a ser
del traidor, que sabe en suma
hacer cohechos de pluma
y firmas contrahacer.

Mas aunque, sordo a mis quejas
no me des de ellas venganza,
porque en el rey la privanza
ensordece las orejas;
si libre el derecho dejas
que tengo a volver por mí,
fuerza es que escuches aquí
mi justicia; que esta vez,

pues siendo parte eres juez.
de ti apelo contra ti.

No que me perdones pido.
ni es ésa mi pretensión;
que no puede haber perdón
donde delitos no ha habido.
Si no es que estés avertido
que quien contra una mujer
traidor ha venido a ser,
aunque su lealtad afirmas,
como ha hecho falsas firmas
reyes falsos sabrá hacer.

RUGERO: La fe que en mi abono alego
y vuestra traición contrasta,
respondiera, a no estar...

A RUGERO

REY: Basta.

A MATILDE

Salid de mis reinos luego.

Vanse el REY y RUGERO

MATILDE: ¡Ah lisonjas, que el sosiego
quitáis y hacéis tantos daños!
En un rey de pocos años,
¿qué importan verdades ciertas,
si al alma tomáis las puertas,
poniendo guardas de engaños?

Ya, príncipe, que ha cumplido,
en prueba de vuestro amor,
maldiciones el rigor
que habéis al cielo pedido;

ya que se incendió la casa
donde amante prometistes
favores que no cumplistes,
en fe que Amor no os abrasa;
ya, en fin, que el rey me ha quitado
la hacienda, el honor, la tierra,
y severo me destiera
de su reino y de mi estado;
si en el noble deuda son
palabras, que es bien que cobre,
no os espantéis de que pobre
haga en vos ejecución.

Aquí no hay que recelar
peligros, como primero,
si os amenaza el mar fiero,
ni el fuego os ha de abrasar,
ni de mi esposo y señor
os pide el sí mi ventura;
que hoy juzgaréis por locura
lo que ayer por gran favor.

A menos costa podéis
palabras desempeñar.
Mándame el rey desterrar.
La persecución que veis
me halló desapercibida,
de mi inocencia señal;
pues a no ser yo leal,
ya estuviera prevenida.

Embargáronme la hacienda
y hasta las ropas y el oro,
de mi persona decoro.
No tengo qué empeño o venda,
sino el agradecimiento,
que siempre que vos gustéis,
en mí ejecutar podréis,
y aquí empeñaros intento.

Fuerza es salir desterrada,
y quisiera partirme hoy,
ya que no como quien soy,
al menos cual pobre honrada.

Dad en esta ocasión muestra
del valor que se os ofrece,
y salga como merece
quien ha sido prenda vuestra.

PRÓSPERO: Sabe el cielo lo que siento
vuestra desgracia, señora,
y que si como os adora
mi constante pensamiento,
no temiera un rey airado,
y menor mi riesgo fuera,
dueño del alma os hiciera
como de mi principado.

El delito que os imputan,
sea mentira o sea verdad,
es de lesa majestad,
y por traidores reputan
los que amparan a traidores.

Estoy por vos, indiciado
con el rey; que no han sacado
otro fruto mis amores.

Si sabe que os favorezco,
su sospecha haré verdad,
y estimo en más mi lealtad
que el amor que os encarezco.

Lo que por vos podré hacer,
andando el tiempo, es hablarle,
disponerle y amansarle,
pues al fin ha de vencer

la verdad; y en cuanto a esto,
cuando mi lealtad entienda,
la vida, estado y hacienda
estoy a perder dispuesto
en vuestra defensa. Agora
perdonad el no atreverme
a ayudaros, que es perderme,
puesto que el alma os adora.

Si vos os servís que escriba
al de Mantua, mi deudo es,
y no dudo que el marqués
como quien sois os reciba.

Enviaréle un propio luego,
y prevenido estará,
para que en llegando allá
dé a vuestras penas sosiego.

Quedaos, señora, a Diós;
que han de culpar en palacio
mi lealtad, si tan de espacio
me ven hablando con vos.

MATILDE: Esperad que mal restaura
vuestra fe mi amor primero...

PRÓSPERO: Temo que salga Rugero,
que ha de casarme con Laura.
No me llames ni me nombres;
que estoy en buena opinion.

Vase PRÓSPERO

MATILDE: Vete, traidor, que así son
todos los más de los hombres.

¡Ah, pelota del mundo, que no encierra
sino aire vil que se deshace luego!
¡De favor me das cartas, cuando llego
ofendida de un rey que me destierra!
Quien fe á palabras da, ¡qué de ello yerra!
Prueba tu amor el mar cuando me anego,
tu cobardía saca a plaza el fuego,
y hasta el favor me niegas de la tierra.
Tres elementos, bárbaro, han mostrado
que eres cobarde, ingrato y avariento
en el cuarto tu amor solo has cifrado.
¡Qué a mi costa, villano, experimento
que en palabras y plumas me has pagado!
Mas, quien de ellas fió, que cobre en viento.

*Vase MATILDE. Salen don ÍÑIGO, con
gabán y una escopeta, y GALLARDO*

GALLARDO: ¡Buenos habernos quedado!

ÍÑIGO: Paciencia mi daño apreste.

GALLARDO: Como si Amor fuera peste,
la hacienda nos han quemado.

ÍÑIGO: No tan malo, que una sala
en que dormir nos dejó.

GALLARDO: De luto la entapizó
con el humo que señala.

A los privados presumo
que hoy el fuego a imitar prueba,
pues que la hacienda nos lleva
y solo nos paga en humo.

Ya es casa de esgrimidor
la nuestra. Una pobre cama
te dejó la voraz llama,
que cuando fuera mejor,
no importara; un arcabuz,
una espada y un broquel,
una imagen de papel,
dos monteras y una cruz,
un cuchillo, dulce en filos,
de monte...

ÍÑIGO: No seas molesto.

GALLARDO: ... y el vestido que traes puesto;
Que en los huesos de sus hilos
muestra que en tales sucesos
la pobreza con quien topa,
por no perdonar a ropa,
la desentierra los huesos.

ÍÑIGO: El cielo lo quiere así.
¿Qué he de hacer? Dábame pena
ver a mi hermana Sirena
tan pobre y triste por mí;
y tanto más lo sentía,
cuanto con su discreción
me ha puesto en obligación;
mas es hermana al fin mía.

Laura, viendo lo que pasa,
como su amistad estima,

de sus males se lastima,
y la ha llevado a su casa.

GALLARDO: No ha sido ésa poca suerte.

ÍÑIGO: Por notable la tuviera,
como Rugero no fuera
su hermano, y contrario fuerte
de Matilde.

GALLARDO: ¡Bien por Dios!
Cada loco con su tema.
La hacienda el fuego nos quema,
dejándonos a los dos,
por su ocasión, de la agalla.
¿Y en eso das todavía?

ÍÑIGO: Crece mi amor de día en día.
Ya, Gallardo, sin amalla
no podré vivir.

GALLARDO: ¡Qué bueno
para el tiempo!

ÍÑIGO: Una mujer
que se acostumbró a comer
desde pequeña veneno,
con cualquier otro sustento
sentía daño y pesadumbre.
Quiero ya bien por costumbre,
y mátame otro sustento.

GALLARDO: Que ya eres dichoso digo;
pues cuando, a mi parecer,
no esperábamos comer,
traes la despensa contigo.

¡Pobre de aquél que sin llamas
no gasta esa provisión!
Trocara yo a un bodegón
toda una flota de damas.

¡Que sea tan estreñida
la tuya, señor, que agora,
viendo que te es deudora
por dos veces de la vida,
y que amando hasta lo sumo,
el fuego, y tu amor que abrasa
mas que él, abrasó tu casa,

pagando, cual duende, en humo,
ya no te haya socorrido!

ÍÑIGO: Esta mañana partió
a la corte; ayer quemó
mí hacienda el fuego atrevido;
aun no es tarde.

GALLARDO: ¡Buena flema!
¿Pues había de aguardar
Matilde más que a llegar,
talando tu casa se quema,
a la suya, para hacer
muestras su agradecimiento
de quién es?

ÍÑIGO: De oír me afrento
tu interés.

GALLARDO: ¡Al fin mujer!
¡Un tigre que en ellas fie!

ÍÑIGO: Déjate: de eso, por Dios.

GALLARDO: ¿Qué hemos de comer los dos,
cuando nada nos envié,
pues no hay lienzos que vender,
ni vajilla que empeñar?
Si no damos en quitar
tapas, ¿qué habemos de hacer?

ÍÑIGO: Pobre estoy. Sola una traza
mi necesidad previene,
mientras otro tiempo viene.

GALLARDO: ¿Y cuál es?

ÍÑIGO: Salir yo a caza,
de que este monte está lleno.

GALLARDO: Sin pan, ¿qué has de hacer con ella?

ÍÑIGO: Tú puedes ir a vendella
a Nápoles.

GALLARDO: ¡Par Dios, bueno!

ÍÑIGO: Diestro soy en la escopeta.
Aquí hay muchas codornices
y conejos.

GALLARDO: ¡Qué bien dices!
Mejor trazas que un poeta.
Como con eso socorras

nuestra hambre, pierde cuidado.

Mas yo en mi vida he andado

síno es a caza de zorras.

ÍÑIGO: Sólo que lo vendas quiero.

GALLARDO: ¡Ay Dios! ¿Quién hubiera sido

mes y medio en Mollorido

pupilo de su ventero!

Mas no comerán sin pebre

lo que cazare tu mano.

Cázame tú un escribano,

venderé el gato por liebre.

ÍÑIGO: Yo en sátiras no te ensayo,

sino sólo en cazador.

GALLARDO: ¿Y he de venderla, señor,

en figura de lacayo?

¡Que afrento mi profesión!

ÍÑIGO: Allí queda otra montera.

¿No tienes capa?

GALLARDO: Aguadera,

que es mi manta y mi colchon.

Págueselo Dios al fuego,

que sólo la chamuscó.

ÍÑIGO: ¿Qué te falta?

GALLARDO: Tener yo

por amo un clérigo, o ciego,

para quedar graduado

por Lazarillo de Tormes.

ÍÑIGO: Son mis desgracias enormes.

GALLARDO: Y yo soy tu acompañado.

Cumplido vengo hoy a ver

lo que mi madre decía.

ÍÑIGO: ¿Y fue?

GALLARDO: Que ganar tenía

por la pluma de comer.

Yo que en dos años o tres

solo a firmar aprendí,

de sus dichos me reí,

siendo lacayo cual ves;

pero ya conozco en suma,

si llevo caza a vender,

que he de ganar de comer,
sin escribir, por la pluma.

Mas, pues así te dispones,
que en fin es noble ejercicio,
también tengo yo mi oficio

ÍÑIGO: ¿Y cuál es?

GALLARDO: Hacer botones;
que los lacayos que dan
en curiosos, cuando tardan
los amos, siempre que aguardan
centinelas de un zaguán,
o calzas de aguja tejen,
o ya botoneros son.
Hormillas tengo y punzón.
Como seda me aparejen,
mientras cazando te pierdas,
te ayudaré con labrallos;
o descolando caballos,
haré botones de cerdas,
con que mejor te sustentas.

ÍÑIGO: No hay español que sea ingrato.

GALLARDO: Otro oficio mas barato
sé.

ÍÑIGO: ¿Y es?

GALLARDO: Hacer mondadientes.
¡Y acá no son menester,
bendito Dios! Un corito
respondió, "No tan bendito,
llevándolos a vender."
Tú cazando codornices,
yo palillos pregonando
y a la corte abotonando,
podrémos pasar...

ÍÑIGO: Bien dices.

GALLARDO: ...porque esperar en tu dama
son esperanzas judías,
y ella su tardón Mesías,
pues no escucha a quien la llama.

*Sale MATILDE, de peregrina, y habla sin ver a los
dos*

MATILDE: Aborrecida pobreza,
tan poderosa os mostráis,
que con no ser Dios, mudáis
la misma naturaleza;
que sois madre del olvido
pruebo en mis desdichas hoy,
pues después que pobre estoy,
ninguno me ha conocido.
Ejemplos el mundo ve
en mí de aquesta verdad:
ayer con prosperidad,
hoy peregrina y a pie.
Y pues ninguno me ampara,
no me conocen sin duda;
que en fin la pobreza muda,
como los años, la cara.
¡Ah, príncipe de Taranto!
Bien pude yo adivinar
en lo que había de parar
tan poco hacer y hablar tanto;
pues que pintó, en vuestra mengua,
y en prueba de esta verdad,
al amor la antigüedad
con manos, pero sin lengua.
Callando, hizo cuanto pudo
el noble español por mí,
que amó firme, y mostró en sí
que no hay amor como el mudo.

ÍÑIGO: Gallardo, espera por Dios.
¿No es Matilde la que vemos?

GALLARDO: Desde anteyer no comemos,
y así pienso que los dos,
de puro desvanecidos,
vemos lo que imaginamos.
En un pensamiento estamos
solamente en los vestidos

diversa el viento la pinta.

ÍÑIGO: Ella es, no hay que decir.

GALLARDO: Pues ¿a qué había de venir
de tal suerte a nuestra quinta?

ÍÑIGO: ¿Qué sé yo? ¡Matilde hermosa!

MATILDE: ¡Oh generoso español!

ÍÑIGO: ¿Cómo peregrino el sol?

GALLARDO: ¡Ella es, por Dios! ¿Hay tal cosa?

ÍÑIGO: Declarad presto, señora,
la causa de ese disfraz.

MATILDE: El rey perturba mi paz;
traidores me hacen traidora.

Del reino voy desterrada,
de mi estado desposeída,
de amigos aborrecida,
de Próspero despreciada,
y si más deciros quiero,
no podré.

ÍÑIGO: ¡Válgame Dios!

¡Desterrarla y pobre vos!
¿Anda por aquí Rugero?

MATILDE: Él es quien al rey engaña,
y mis firmas contrahaciendo,
le persuade que le ofendo,
y en mi patria me hace extraña.

Como trabajos no sé,
hasta agora lo que son,
el quitarme la opinión
y el venir, cual veis, a pie,
me tienen tal, que imagino
que mi vida será corta.

ÍÑIGO: Por lo que a la mía importa,
no quiera el cielo divino
dar a traidores venganza.

Pues ¿a dónde vais ansí?

MATILDE: ¿Dónde irá quien no va en sí
sin socorro ni esperanza?

El duque de Milán es
mi primo, y en su favor
pudiera hallar mi rigor

alivio, y honra después;
 pero sola y de esta suerte,
 ¿cómo podré caminar
 hasta Milán, sin llegar
 primero que yo mi muerte?

ÍÑIGO: Avisémosle primero.

MATILDE: ¿Cómo, si sólo me ha dado
 de término el rey airado
 nueve días?

ÍÑIGO: ¡Caso fiero!
 Ahora bien, señora mía,
 para los trabajos son
 el valor y el corazón.
 Aquí os quedad este día;
 que aunque se cifra mi hacienda
 en este pobre solar,
 a la corte iré a buscar
 algun noble a quien lo venda.
 Con lo que por él hallare,
 compraré cabalgadura,
 en que caminéis segura;
 y por si alguno intentare
 en el camino agraviaros,
 que quien del estado os priva
 tampoco os querrá ver viva
 aquí, podré acompañaros;
 que, pues vivo solo en vos,
 fuerza es, contra el que os ofenda,
 que en vuestra vida defienda,
 princesa, la de los dos.

MATILDE: En bronces del tiempo labras
 la fama y valor que cobras.

INIGO: Vamos, señora, a las obras,
 y dejemos las palabras.

MATILDE: (Si así Próspero lo hiciera, Aparte
 su nobleza no afrentara.)

Don ÍÑIGO habla aparte a GALLARDO

ÍÑIGO: Gallardo, mi amor ampara,
que solo en tu industria espera.
¿tienes algo que vender,
con que a Matilde regale?

GALLARDO: La almohaza, que un real vale
y no la hemos menester;
el estiércol, que a la puerta
de nuestra caballeriza
llega, y para la hortaliza
de aquesta vecina huerta,
su dueño nos comprará;
un jarro y dos urinales;
que todo valdrá tres reales.

ÍÑIGO: Necio estás; acaba ya.

GALLARDO: Pues si no nos quedó nada,
si no es la caballeriza,
¿qué he de vender? La ceniza,
de nuestra quinta abrasada
lavanderas comprarán
para colada y lejías.

ÍÑIGO: ¡Qué extraño humor siempre crías!

Quítase el gabán

Toma, vende este gabán.

GALLARDO: ¿Y en cuánto?

ÍÑIGO: En lo que pudieras.

GALLARDO: ¡Bravo San Martín de amor!

¿Ya das la capa, señor?

ÍÑIGO: Desnudo anda Amor. ¿Qué quieres?

GALLARDO: Si por Dios hubieras hecho

lo que por esta mujer,

sin dormir y sin comer,

pobre, afligido y deshecho,

¿qué san Onofre o san Bruno

se atreviera a aventajarte?

Bien puede canonizarte

Amor.

ÍÑIGO: No sea, importuno.

Véndele, y algún regalo
trae, que cene la princesa.

GALLARDO: ¿Sin manteles, silla y mesa?

Mas al hambre no hay pan malo.

Ahora bien, dos gruesas tengo
de botones, y también
trescientos palillos.

ÍÑIGO: Bien.

GALLARDO: Entretenla miéntras vengo;

que si topo buena venta,
no faltará qué cenar.

ÍÑIGO: ¿Con qué te podré pagar?

GALLARDO: Después harémos la cuenta,

si de estado y vida mudas,
pues no siempre así has de verte.
El gabán vuelve á ponerte.

Vístese el gabán don ÍÑIGO

Toma, arrópate, que sudas;
y si Amor la ocasión goza,
asegura aquesta dita.

Mientras que vuelvo, desquita
lo que te debe esta moza.

ÍÑIGO: ¡Vive el cielo, descortés,
que estoy...

GALLARDO: Ea, ¿ya empezamos?

Dame la muerte, y veamos
cómo cenaréis después.

Vase GALLARDO

ÍÑIGO: No ha mucho tiempo, señora,
que otra vez os hospedé;
y, aunque pobre, no podré
lo que entónces hice, agora.

Una fortuna corremos
los dos, y en esto al Amor

soy solamente deudor,
que en algo nos parecemos.

De vuestro estado y sosiego
el rey severo os ha echado;
mi hacienda el fuego ha quemado
casi es uno el rey y el fuego.

Perdonad, señora mía,
mi pobreza y cortedad,
que con mas felicidad
nos verémos algún día,
y el amor con que os me ofrezco
estimad.

MATILDE: Por no pagar
con palabras, con callar
esta merced encarezco.

Ejecutad obras cuando
mude mis desdichas Dios;
que quiero aprender de vos,
don Íñigo, a obrar callando.

Vanse los dos. Salen LAURA y SIRENA

LAURA: Demás de lo que intereso,
en que vos mi casa honréis,
y la amistad que profeso
viéndoos en ella aumentéis,
para cosas de mas peso,
me huelgo, Sirena mía,
de que en vuestra compañía
podamos tratar las dos
cosas, que de sola vos
el amor que os tengo fía.

SIRENA: De esa manera os seré,
Laura, en dos cosas deudora;
una en que con vos esté,
y otra en que honréis desde agora
el crédito de mi fe.

Socorréis mi adversidad,
fiáisos de mi amistad,

y contra mi suerte escasa
me hospedáis en vuestra casa.
Mucho os debo.

LAURA: Eso dejad,
 que me afrentáis, por mi vida.
¿Qué tengo yo que no sea
vuestro, Sirena querida?
Mi amor en las dos desea
que no haya cosa partida.
 Según esto, no gastemos
el tiempo en vanos extremos;
que la amistad y el amor,
cuanto mas llano es mejor,
y así la nuestra ofendemos.
 ¿Cómo quedó vuestro hermano?

SIRENA: Eso imaginadlo vos.
Quejándose al viento en vano
de que nos trate a los dos
tan mal el fuego inhumano,
 pobre, triste, y más amante
que nunca.

LAURA: ¡Extraña fineza!
De ver amor tan constante,
la misma naturaleza,
porque su valor quebrante,
 parece que le persigue,
y de industria le empobrece.

SIRENA: No hay desgracia que le obligue,
 porque en los trabajos crece
el amor que al noble sigue.

LAURA: ¡Venturosa yo, si hallara
un hombre que así quisiera,
y desdeñado obligara!

SIRENA: Ser esposo vuestro espera
Próspero, y el rey le ampara,
 que es cortés y caballero.

LAURA: ¡Ay amiga! No me nombres
amante tan palabrero
si así son todos los hombres,
Sirena, a ninguno quiero.

El galán que es hablador,
 ser papagayo de amor,
 y no firme amate intente,
 pues habla lo que no siente,
 con tanta pluma y color.

Una urraca puede ser
 con propiedad su mujer,
 porque hablar con él presume.
 Toda ave de mucha pluma
 tiene poco que comer.

Un cisne en la consonancia
 música y plumas, alegre;
 más, es de poca importancia,
 pues su carne dura y negra
 ni es de gusto, ni sustancia.

Don Íñigo, sí, que es todo
 quinta esencia del amor;
 más a amarle me acomodo.

SIRENA: De tu parte ese favor
 le agradezco.

LAURA: Esto es de modo,
 que a no ver que ausente está
 Matilde, no descubriera
 la pena que amor me da.

SIRENA: La ausencia, que es novelera,
 su firmeza mudará;
 y el no verse agradecido
 ha de hacer en tu favor;
 que engendra, en quien ha sufrido
 la ingratitud, desamor,
 y la ausencia causa olvido.

LAURA: Quiera Dios que hagan en él
 milagros estos efetos;
 pues si estima mi amor fiel,
 los más ilustres sujetos
 menospreciaré por él.

SIRENA: Como declararle intentes
 esa voluntad por mí,
 no hay duda de que violentes

la de Matilde.

LAURA: Hazlo así.

Sale GALLARDO pregonando

GALLARDO: ¡Palillos y mondadientes!

LAURA: ¿Qué es esto?

GALLARDO: (¿El primer encuentro Aparte
es Laura? Llámole azar.)

LAURA: ¿Hasta aquí os habéis de entrar?

GALLARDO: Yo donde hallo abierto me entro;
pero ¿hay más que nos salgamos?

SIRENA: ¡Gallardo!

GALLARDO: Señora mía,
¿Aquí estás, y no te veía?
Pero tan flacos andamos
tu hermano y yo de cabeza
desde la desgracia acá,
que un buey no verémos ya.
¡Mal haya tanta pobreza!

LAURA: ¿Quién es éste?

SIRENA: De mi hermano
un criado, extraño humor.

LAURA: Pues ¿dónde vais?

GALLARDO: Mi señor,
que aunque pobre, es cortesano...
(¿Qué diré para encubrir Aparte
que me ha enviado a vender
palillos para comer?
Ya se me olvida el mentir.
No soy yo quien ser solía.)
Digo, pues, que mi señor,
que aunque pobre, tiene amor...

LAURA: (¡Si fuese yo a quien le envía!) Aparte

GALLARDO: Como con él se sustenta,
palillos no ha menester;
y así por agradecer
el mucho regalo y cuenta

que a Sirena hacéis, se atreve
y os envía estos regalos,
que es como daros de palos;
mas nadie, señora debe
de dar más de lo que tiene.

SIRENA: Necio, ¿estás fuera de ti?
¿Mi hermano afrentas así?

Habla GALLARDO aparte a SIRENA

GALLARDO: ¿Pues qué? ¿he de decir que viene
Gallardo por la ciudad
mondadientes a vender,
para darle de comer?
Pues si lo digo, es verdad.

SIRENA: Éste no está en su juicio.

GALLARDO: Porque no ande por el mundo,
cual yo, mi amo vagamundo,
hemos aprendido oficio.

SIRENA: Anda, loco.

GALLARDO: Pues, ¿de qué
nos hemos de sustentar?
Mi amo vive de amar;
pero yo ¿qué comeré,
si no gasto esa hortaliza?
Todo el fuego lo asoló,
y antes con antes llegó
el miércoles de ceniza.
A vender vengo botones
si algunos son menester
en casa, yo los sé hacer;
y no siendo camaleones,
aunque le pese a la llama,
he de buscar provisión;
que aun para ser cama-león,
me quemó el fuego la cama.

LAURA: ¡Válgame el cielo! ¡Que a tanto
la necesidad obligue
a un caballero!

SIRENA: ¿Con qué, agradecer podré
tu noble y liberal pecho?

LAURA: Sirena, el Amor lo ha hecho.
Ámole, y no sé por qué,
pues ni voluntad le debo,
ni amor jamás apetece
el amante que empobrece.

SIRENA: Que es oro en quilates pruebo,
pues tanto más es de ley,
cuanto menos liga tiene.
Pero escucha, que el rey viene.

LAURA: ¡Jesús! ¡En mi casa el rey!

Sale el REY

REY: No será la vez primera
ésta que un rey haya entrado
en casa de su privado,
y más, Laura, cuando espera
tan bello recibimiento
como el que vuestra hermosura
me hace.

LAURA: Tanta ventura
no cabe en mi atrevimiento
tan corto, ni estas paredes
merecen tanto favor;
mas vuestra alteza, señor,
siempre entra haciendo mercedes.
Dame tus pies.

REY: Esta dama,
¿quién es?

LAURA: Una amiga mía.

REY: El sol siempre lo es del día.
¿Quién es, y cómo se llama?

LAURA: De don Íñigo es hermana
de Avalos, el blasón
de la española nación.

REY: Y la lealtad castellana.

LAURA: Sirena, señor, se llama.

REY: Muy bien el nombre conforma,
 Laura, con su bella forma.

SIRENA: Tus pies beso.

REY: ¡Hermosa dama!

 Ruy López de Ávalos fue
 de mi padre gran privado,
 y don Íñigo es soldado
 de valor, prudencia y fe.

 Pobre me dicen que está,
 porque el fuego y el amor
 han probado su valor.

De cuando en cuando mira el REY a SIRENA

LAURA: Muestras del que tiene da
 en los nobles sufrimientos
 con que lleva esta desgracia.

REY: Y Sirena tiene gracia
 de arrebatar pensamientos.

 Yo, Laura, he venido a veros
 y de camino a emplearos
 en quien vive de adoraros
 y busca reyes terceros.

 Suplícame el de Taranto
 que suyo agora lo sea;
 y por lo bien que se emplea
 tal belleza en valor tanto,
 el parabién de princesa
 pienso que os podemos dar.
 Determinole enviar
 por general de esta empresa
 contra el conde y he creído
 primero obligar su amor
 porque siempre es vencedor
 quien ama favorecido.

LAURA: (¿Qué es esto, esperanza vana? Aparte
 ¿Quién vuestro amor desordena?)

REY: En fin, ¿que vos sois Sirena,
 y de don Íñigo hermana?

SIRENA: Soy vuestra esclava.

REY: Enterrada
 en esta ciudad está
 otra Sirena que da
 nombre y fama celebrada
 a nuestra Nápoles bella.
 De Parténope tomó
 principio, que aquí murió;
 mas vos, más hermosa que ella,
 su fama podéis borrar.

SIRENA: Bésoos los pies.

REY: Más se honrara
 si Sirena se llamara
 como vos. ¿Podréle dar
 a Próspero el parabién,
 Laura?

LAURA: Gran señor, primero
 Lo trataré con Rugero.

REY: Cuerda sois. Advertís bien;
 mas él ha comprometido
 en mí su gusto.

LAURA: (¡Qué extraña Aparte
 confusión!)

REY: Sirena, España
 su Hermosura ha reducido
 en vos. ¡Dichoso el amante
 que de vuestros pensamientos
 es dueño! Merecimientos
 tendrá muchos. ¿Es constante?
 ¿Es galán? ¿Tiene nobleza?

SIRENA: Hasta agora, gran señor,
 ignoro lo que es amor.

REY: ¿Por qué causa?

SIRENA: La pobreza
 divierte el fuego amoroso
 que en sólo el vicio consiste,
 y amor de ordinario asiste
 en el próspero y ocioso.

REY: ¡Ah, sí! Ya no me acordaba

de Próspero. Divertido,
Sirena, me habéis tenido.

SIRENA: Mucho honráis a vuestra esclava.

REY: Dadme, Laura, la respuesta
que de mi intercesión fío.

LAURA: Siendo vuestro gusto el mío...

Mirando a SIRENA

REY: (¿Hay belleza más honesta?) Aparte

LAURA: Por fuerza he de obedcer
lo que vos, señor, gustáis...

REY: En fin, Sirena, ¿no amáis?

LAURA: ...pero no habéis de querer...

REY: ¿Por qué no he de querer yo?

¿No tienen amor los reyes?

¿No los oprimen sus leyes?

LAURA: Señor, no hablo de eso.

REY: ¿No?

Pues proseguid adelante.

(¿Hay mas hermosa mujer?) Aparte

LAURA: No habéis, señor, se querer,
si siendo rey sois amante,
usar de la autoridad,
dando al príncipe favor
en ofensa de mi amor,
suprema.

REY: Decís verdad.

LAURA: El príncipe de Taranto
merece por su nobleza...

REY: (¡Sin amor y con belleza. Aparte
Sirena! ¡De vos me espanto.)

LAURA: ...otro más alto sujeto
que yo; pero amor sin ley...

Mirando a SIRENA

REY: ¿No es alto sujeto un rey?

Pues si yo amaros prometo...

LAURA: ¡Vos, señor, amarme a mí!

REY: Yo a vos no, Laura. Creía
que a Sirena respondía.

LAURA: (¿Qué es esto, cielos?) Aparte

REY: Decí.

LAURA: (Bien quiere el rey a Sirena.) Aparte

REY: Proseguid, que atento estoy.

LAURA: Digo pues, que el sí que doy
a vuestra alteza, es con pena
de darle sin libertad,
porque de mi pensamiento,
perdone mi atrevimiento,
señor, vuestra majestad,
es dueño solo el hermano
de Sirena.

REY: ¿Cómo es eso?

LAURA: A don Íñigo, os confieso
que por noble y cortesano,
con honesto fin se ordena,
señor, mi amor declarado.

REY: Don Íñigo es gran soldado,
y hermano, en fin, de Sirena.
¿Qué importa que no consiga
Próspero su pensamiento?
Yo las almas no violento;
sólo el Amor las obliga.

Después, Laura, que entré aquí,
sé la fuerza con que abrasa
Amor, y lo que en vos pasa,
puedo yo sacar por mí.

Para la guerra que aguardo,
don Íñigo es conveniente,
que hará un general valiente,
sabio, animoso y gallardo.

No tengo satisfacción
que a Próspero tanto obligue,
ni del conde sé si signe
en secreto la opinión.

Propondrélo a mi consejo,

y haréte luego elegir,
 y porque este cargo ha de ir
 Laura, a vuestra boda anejo
 si Próspero os es odioso
 y al español guardáis fe,
 a un tiempo lo llamaré
 yo general, vos esposo.

Entre tanto vos, Sirena,
 decid a la que me abrasa,
 que por entrar en su casa.
 un rey no merece pena.

Y si ignoráis a quien deis
 la embajada con que os dejo,
 decídselo a vuestro espejo,
 que en él mi dama veréis.

Vase el REY

LAURA: ¿Qué es esto , Sirena mía?

SIRENA: Palabras, Laura, serán
 de un rey mancebo y galán,
 dichas más por cortesía,
 que porque amorosas llamas
 tan presto pena le den.

LAURA: No, amiga, él te quiere bien.

SIRENA: Anda, que siempre a las damas
 hablan los reyes así,
 cuando son mozos.

LAURA: No sé.
 En tus ojos le miré
 suspenso y fuera de sí.
 Plegue a Dios que tu hermosura
 te dé lo que yo deseo;
 que en ella cifrada veo
 mi esperanza y tu ventura.

SIRENA: Si que me corra pretendes,
 dime, Laura, de eso más.

LAURA: En buen punto, amiga, estás.
 Ganarás, si el juego entiendes.

Buena parte le ha cabido
a tu hermano de esta empresa
como olvide a la princesa,
y quiera a quien le ha querido.

El cargo de general tengo
en dote que ofrecerle.

SIRENA: Tu esposo estimo en más verle
que con la corona real.

LAURA: Sospecho que ha de llamarle
el rey. Porque a su presencia
pueda ir con la decencia
que es justo, quiero enviarle
caballos, joyas y galas.

SIRENA: Tu nobleza satisfaces;
mas por ti misma lo haces,
pues a tu valor le igualas.

LAURA: En fin, tu amor no perdona
los reyes, Sirena bella,
pues a tus piés atropella
de Nápoles la corona.

SIRENA: Déjalo ya.

LAURA: Ya lo dejo;
mas pues se fue enamorado,
anda y llévale el recado
que el rey te mandó a tu espejo.

*Vanse las dos. Salen don ÍÑIGO y
GALLARDO*

ÍÑIGO: Pues, Gallardo, ¿qué tenemos?
¿Traes algo?

GALLARDO: Haz cuenta que nada.

ÍÑIGO: ¿No vendiste los botones?

GALLARDO: La corte esta abotonada
sin haber ojal vacío
no hay tienda, calle, ni plaza
libre de mi diligencia;
pero no dan una blanca
por botones ni palillos.

ÍÑIGO: ¡Que a esto lleguen mis desgracias!

¿Qué hemos de dar a Matilde?

GALLARDO: Botones en ensalada,
 pues dos docenas hay verdes;
 otra docena guisada,
 creerá que son arverjones;
 una cazuela atestada
 de botones y de hormillas,
 dirémosle que son habas;
 botones por aceitunas,
 que si traen de suela el alma,
 vendrán a ser zapateras,
 en lugar de sevillanas;
 y por postres mondadientes,
 que hartos hay, al cielo gracias,
 y habrá en Nápoles hidalgos,
 a fuer de Guadalajara.

ÍÑIGO: ¡Buena cena!

GALLARDO: ¡Y cómo bena!

¿No hubo señor en España,
 que a su zapatero hizo
 darle sus botas guisadas?
 Pues de botas a botones,
 ¿Qué va?

ÍÑIGO: Si el gabán llevaras...

GALLARDO: Antes que llegara allá,
 los gabanes no se usaran.

ÍÑIGO: Si quieres que me dé muerte,
 di mas disparates.

GALLARDO: Mata
 el hambre, y harás mejor.
 Llamóme una cortesana
 con media vara de boca,
 y al fin para abotonarla,
 una gruesa me compró;
 mas como era tan ancha
 no han de bastar veinte gruesas.
 Díome seis reales en plata,
 di con ellos y conmigo
 en una hostería...

ÍÑIGO: Acaba
 de decirlo, pues.

GALLARDO: Compré
 morcillas negras y blancas,
 en buen romance, mondongo.

ÍÑIGO: Anda, vete enhoramala.

GALLARDO: Para ti y para Matilde,
 con su caldo y con su panza,
 un pan, rábanos y queso.

ÍÑIGO: ¡Vive Dios! Si no mirara
 que eres un loco bufon...

GALLARDO: ¿Qué querías que comprara?

ÍÑIGO: Un ave.

GALLARDO: El Ave María,
 [puedes dar, si quieres, que hartas
 tiene tu rosario ya,
 porque esotras valen caras.

ÍÑIGO: ¿Quién hace caso de tí?

GALLARDO: Vuelve acá, la burla basta.
 Un pavo traigo manido,
 con más pechugas que un ama,
 dos gallinas, tres conejos,
 de vitela una empanada,
 ostiones en escabeche,
 una bota calabriada
 de Chipre y de Malvasía,
 medio tinta y medio blanca,
 diacitrón y confitura
 hay para postre, dos cajas.

ÍÑIGO: ¿De veras?

GALLARDO: Y tan de veras,
 que una bestia está cargada
 a la puerta de la quinta.
 Vuelve la vista, y verásla.

ÍÑIGO: Ya la veo, y ya te doy,
 Gallardo, brazos y gracias.

GALLARDO: Dime, amores, por tu vida,
 ¿sacarás luego la daga?
 ¿Tendremos cuerpo presente
 o enviarásme enhoramala,

cuando soy mantenedor,
mejor que tú, de tu casa?

ÍÑIGO: ¿Quién te socorrió tan presto?

GALLARDO: Si te dijera que Laura,
la que a mi señora hospeda,
y de Rugero es hermana,
¿qué dijeras?

ÍÑIGO: Anda, necio.

GALLARDO: Si en fe que te adora y ama,
mondadientes y botones
en doblones me trocara,
y haciendo tu amor la costa.
socorriera nuestras faltas,
y el alma misma te diera
porque a Matilde olvidarás.
¿Qué hicieras? Digo otra vez.

ÍÑIGO: A ser verdad lo que hablas,
te abrasara a ti y a ella.

GALLARDO: Y después, ¿con qué cenaras

ÍÑIGO: Acabemos ya, Gallardo,
que son burlas muy pesadas
las tuyas para este tiempo.
Si lo que traes dio Laura,
vete con ello, y no vuelva
a verme jamás la cara;
que no socorre cortés
quien interesable agravia.
¡Yo olvidar a la princesa!
No ha pintado la mudanza
al temple en mí su hermosura
sino en bronce y medallas.
No quiero ya tus regalos.

GALLARDO: Pan perdido, vuelve a casa,
que todo esto es chilindrina.
Sirena es quien te regala.

ÍÑIGO: ¿Vióte Laura?

GALLARDO: Ni por pienso.

ÍÑIGO: ¿Pues cómo hablaste a mi hermana?

GALLARDO: Cuando pasé por la calle,
me llamó de la ventana,

y dándome seis doblones,
de tus penas lastimada,
dijo que a poder con ello.
te diera también el alma.

ÍÑIGO: ¿Sabe que está aquí Matilde?

GALLABDO: Yo en eso no hablé palabra;
y si es que ella lo sospecha,
es tan cuerda que lo calla.
¿Qué es de nuestra peregrina?

INIGO: Por llorar después, descansa.

GALLARDO: ¿Y adónde!

ÍÑIGO: ¿Tengo yo mas
que una mal compuesta sala?

GALLARDO: Y una cama sola en ella,
aunque no rica, aseada.
Págueselo Dios al fuego,
que nos la dejó de gracia.
¿Dónde piensas dormir tú?

ÍÑIGO: ¿Ha de faltar una tabla?

GALLARDO: Recoleta eres de Amor;
los zuecos solo te faltan.
Voy a dar traza en la cena;
y a fe que no fuera mala,
si se la diera cocida;
cenárala en casa asada.

*Vase GALLARDO. Salen RUGERO y TEODORO y hablan los
dos sin reparar en don ÍÑIGO*

RUGERO: ¿Si le hallaremos aquí?

TEODORO: No sale sino es a caza;
que dicen que se sustenta
con ella.

RUGERO: ¡Qué hermosa casa
aquí mi envidia abrasó!

TEODORO: Y de qué sirvió abrasarla,
no saliendo con tu intento?

RUGERO: Sacó, en brazos, de las llamas
a Matilde el español,

siendo Eneas de su dama,
 y acreditó su nobleza
 en el fuego y en el agua.
 Pero, Teodoro, ¿no es éste?

TEODORO: El mismo.

RUGERO: Si por mi hermana
 olvida a mi opositora,
 desde hoy cesan sus desgracias.

Llegando a él

Dadme, don Íñigo, albricias
 El rey, mi señor, os llama
 para honrar vuestro valor,
 y hacer de vos confianza.
 Muchos parabienes tengo
 que darosm y por mi causa
 todos ellos.

ÍÑIGO: ¡Oh Rugero!
 ¿Qué es, pues, lo que el rey me manda?

RUGERO: Quiere haceros general
 en la guerra que amenaza,
 y de vuestro esfuerzo fía
 su reino, su vida y fama.
 Pero esto con condición
 que siendo esposo de Laura,
 aseguréis las sospechas
 que vuestro crédito agravian.
 Ya sabéis que va Matilde
 de Nápoles desterrada,
 porque contra su lealtad
 hallaron no sé qué cartas
 en que convida al de Anjou
 con su estado, hacienda y armas
 para que en Nápoles reine,
 de quien es apasionada.

ÍÑIGO: Bien.

RUGERO: Como el rey ha sabido
 las muestras trasordinarias

que a costa de vuestra hacienda
lo que la queréis declaran
aunque conoce el valor
que invencible os acompaña,
y que en la ocasión presente
si su ejército os encarga
ha de salir con victoria,
recela que vuestra dama
tras sí la lealtad os lleve,
del modo que os lleva el alma.
Para asegurarse de esto,
con Laura, mi hermana, os casa,
dándoos título de conde,
y en su consejo os aguarda
de guerra; y aunque merecen
más que esto vuestras hazañas,
la merced que os hace el rey,
pienso que ha sido a mi instancia.

TEODORO: Laura también os espera,
no como Matilde, ingrata,
sino juzgando por siglos
las horas que en veros tarda.
Y porque con la decencia
que hombre de tanta importancia
como vos, ahablar al rey,
don Íñigo noble, vaya,
en fe del amor que os tiene.
Llenando un baúl quedaba
de joyas y de vestidos,
curiosidades y galas.

RUGERO: No me da lugar mi prisa
para que aguarde las gracias
que queréis darme por esto,
por mandarme el rey que parta
tras Matilde y que la prenda;
que los deudos que en Italia
tiene, si la ven ansí,
han de procurar vengarla.
Id, don Íñigo, a la corte,
donde la dicha os aguarda

que vuestro valor merece,
y adiós.

Vanse RUGERO y TEODORO

ÍÑIGO: Tentaciones vanas,
no habéis de ser poderosas
para vencer la constancia
de mi amor firme en Matilde.
Aunque agradecido a Laura
--¡Vive Dios!--que aunque pusiera,
porque a Matilde olvidara,
en mis sienes su corona
quien me ofrece su privanza,
agora que todo el mundo
ingrato la desampara,
estimo mas el servirla
que ser el mayor monarca.

Sale MATILDE

MATILDE: Don Íñigo, desde aquí,
Temerosa [y escondida,]
escuché a mis enemigos
que el rey don Fernando os llama,
que os hace su general,
y con Laura hermosa os casa,
que os da título se conde,
y vuestra fortuna ensalza.
No es mucho que lo aceptéis,
viéndoos pobre por mi causa,
mal pagado vuestro amor,
vuestra lealtad mal premiada...

ÍÑIGO: Matilde, yo no encarezco
lo que os quiero con palabras,
que el amor que es verdadero
poca retórica gasta.
Agora veréis quién soy.

¡Gallardo!

Sale GALLARDO, con mandil y un cucharón

GALLARDO: ¿Hay hambre? ¿Qué mandas?

ÍÑIGO: Cierra esas puertas.

GALLARDO: Bien dices
cenar a puerta cerrada
es cordura.

ÍÑIGO: Date prisa;
y escucha.

GALLARDO: Ya eché la tranca.

ÍÑIGO: ¿Qué cabalgadura es ésa
que trujiste ahora, cargada
con la cena, de la corte?

GALLARDO: Ahí es de un camarada.

ÍÑIGO: Ocasión se ofrece agora,
en que muestres que me amas

GALLARDO: Cenemos, si es que me obligas
a hacer alguna jornada.

ÍÑIGO: Aparéjala....

GALLARDO: ¿Qué intentas?

ÍÑIGO: Y aquel repostero saca
que nos quedó.

GALLARDO: ¿Para qué?

ÍÑIGO: Ponle de suerte que vaya
la princesa mi senora,
en él mas acomodada.
Caminando cenaremos;
que no ha de cogermé en casa
el presente con que intenta
Laura vencer mi constancia.
Guardé sus cargos el rey,
y con ellos merced haga
a quien, cual yo, no antepone
a su valor su privanza;
que vos y yo, mi princesa
como nos da ser un alma,
corremos una fortuna,

y es necio quien nos aparta.

Venid, y no repliquéis.

MATILDE: ¡Oh blasón y honra de España!

GALLARDO: Voy a recoger la cena.

Haré alforjas de mi capa,
que lleve nuestro rocín
en el arzón de tu dama.

ÍÑIGO: Ea, pues, démonos prisa.

GALLARDO: En fin, ¿hemos de ir a pata?

ÍÑIGO: Tiene Amor alas y vuela.

GALLARDO: ¡Bueno! Atente tú a sus alas,
y depáreme a mí Dios,
aquí debajo unas ancas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

*Salen el REY y PRÓSPERO, vestidos como de
noche*

REY: ¿Sirena Próspero, es dina
de mi corona real?

PRÓSPERO: Su belleza es peregrina,
mas no a tu valor igual,
puesto que en ti predomina.
 Pero escucha, que sospecho
que a la ventana han salido
Sirena y Laura.

REY: En mi pecho,
de que el sol ha amanecido,
sus rayos señal han hecho.

Salen LAURA y SIRENA, a la ventana

LAURA: Déjame, Sirena mía,
Decir mi amor a los cielos;
que es de noche y tendrá celos
del sol, que ausentó su día.
 En fin, ¿tu hermano se fue
con Matilde?

SIRENA: Las espías,
Laura, de celos, que envías,
puesto que vuelvan, yo sé
 que mienten, si eso te dicen;
porque los que con mi hermano
afirman que está en Rojano
Matilde, se contradicen;

pues ninguno hay que haya visto
a don Íñigo con ella.

LAURA: El alma es profeta, y della
colijo el mal que resisto.

No le hallaron mis criados,
cuando en muestras de mi fe,
el presente le envié,
a vuelta de mis cuidados.

Por acudir a lo más,
de servir al rey dejó.

SIRENA: Supiéralo, Laura, yo,
si se fuera. ¡Extraña estás!

LAURA: Yo siento lo que ha perdido
con el rey, por no ser cuerdo
y lo que en perderle pierdo,
me hace perder el sentido.

Pero buena intercesora
cuando vuelva, tendrá en ti
don Fernando.

SIRENA: ¿Cómo así?

LAURA: Si el rey, Sirena, te adora,
¿qué no alcanzarás con él?

SIRENA: Laura, ya te he suplicado
que no, porque en este estado
me tenga el tiempo crüel,
pierda contigo el valor
que de mi sangre heredé.
Si cortés y galán fue
conmigo el rey mi señor,
mostró, al uso de palacio,
lo que a las damas estima.

Habla el REY bajo a PRÓSPERO

REY: Príncipe, lición de prima
oye aquí mi amor de espacio.
¡Que divino entendimiento!
Alma, escuchad y aprended.

SIRENA: ¿Quiéresme a mí hacer merced

que mudemos argumento?

LAURA: No, por tu vida, Sirena;
que podrá ser que esté aquí
el Rey, despierto por ti,
pues no duerme amor que pena,
y holgaréme, si te escucha,
que en lo que le sirvo vea.

Llegando a la ventana

REY: Aquí está quien os desea
hacer, Laura, merced mucha.

LAURA: ¡Ay, Sirena, el rey!

REY: También
puede un rey ser rondador.

LAURA: ¡Tanta merced, gran señor!

REY: Lo que los ojos no ven,
porque la noche lo impide,
oír el alma desea;
mientras su dicha no os vea,
Hablad, palabras os pide.

Habla LAURA aparte a SIRENA

LAURA: Aprovecha la ocasión,
Sirena, que a tu ventura
ofrece el cielo. Procura
cumplir con la obligación
en que Fernando te ha puesto.

SIRENA: Señor, ¿pues de noche envía
Amor a un rey por espía?
¡Caso raro!

REY: En este puesto
vengo a ser posta perdida
que en las amorosas leyes
no se preservan los reyes.

SIRENA: A riesgo tendréis la vida,
si perdida posta os hace

el Amor.

REY: Decís verdad,
pues perdí la libertad,
de quien vida y gusto nace.
 Bien podéis de aquí sacar
la fuerza que en un rey tiene
el ciego dios.

LAURA: Gente viene
no os oigan, señor, hablar.

*Apártanse a un lado el REY y PRÓSPERO. Salen
RUGERO y TEODORO. RUGERO trae una carta*

RUGERO: Firmé la carta. Que ejecutes luego
 importa, mi Teodoro, tu partida;
 que toda dilación es peligrosa.
Al de Rojano ofrezco aquí, de parte
del rey, que si le da muerte a Matilde,
en cuyo amparo está, dará la mano
a la infanta su hermana. Está la firma
al vivo contrahecha. Parte al punto,
y dásela en sus manos; que me importa,
por lo ménos, gozar libre a Salerno,
quitando de por medio a mi enemiga.
Si pones diligencia, fácilmente
puedes llegar can postas a Rojano
mañana a medio día.

TEODORO: ¿Y tú no escribes
 al duque, asegurando la promesa
 de aquesta carta?

RUGERO: Adviertes cuerdamente.
 Espérame entre tanto que la escribo;
 que no quiero que Laura te detenga
 si en mi casa te ve, como acostumbra,
 sino que desde aquí te partas luego.

TEODORO: Aguardo pues.

RUGERO: Al punto saco el pliego.

Vase RUGERO

REY: ¿Fuéronse?

PRÓSPERO: El uno solo se entró en casa,
y el otro se ha quedado en esa esquina.

REY: Pues llévale de aquí dos o tres calles.

PRÓSPERO: Si alguno, gran señor, no lo socorre,
yo sabré cómo riñe o cómo corre.

TEODORO: (Dos hombres hay debajo de las rejas Aparte
de Laura, y me parece que encaminan
a mí sus pasos. Yo no soy más que uno...)
¿Quién va? (¡No me responde, y desenvaina! Aparte
Huír, Teodoro, que será desgracia
reñir sin causa, y no morir en gracia.

Vase TEODORO y PRÓSPERO tras él

LAURA: Señor, mi hermano pienso que está en casa.

REY: Pues retiraos las dos, que no pretendo
que sepa vuestro hermano mis amores,
y dadme, mi Sirena, vos licencia
para cursar mas noches este sitio.

SIRENA: Vuestra esclava soy.

REY: ¿Y no mi dama?

SIRENA: Sois rey, humilde yo, frágil la fama.

*Vanse LAURA y SIRENA. RUGERO sale con la carta, y
habla al REY*

RUGERO: Teodoro, mi dicha estriba
en sola tu diligencia.
No vuelvas a mi presencia,
si a Matilde dejes viva.
En esta carta del rey,
aunque falsa, está el sosiego
de mi estado. Parte luego,
si a mi amistad guardas ley.
Que pues otra falsa firma

le quitó estado y honor,
quitándome ésta el temor,
a Salerno me confirma.

Dile al duque de Rojano
la suerte que se le ofrece,
y de la infanta encarece
la hermosura; que su hermano
le espera; que el rey le hará
el todo de su privanza;
la lealtad que en su alabanza
consigue, si muerte da
a quien contra su señor
conspira; y cuando le vieres,
dile, en fin, cuanto supieres.

REY: (¿Qué es esto, cielos?) Aparte

RUGERO: Valor
tienes, Teodoro. Haz de modo
que salgas con lo que vas;
muera Matilde, y serás
señor de mi estado todo.
¿No respondes? ¿Qué recelas?

Disimula la voz el REY, rebozado

REY: Hacer callando es mejor,
no nos sientan. El amor
que te tengo pone espuelas
al deseo que me lleva
a darte gusto.

RUGERO: Ya tienes
postas, Teodoro. Si vienes
con la deseada nueva,
una alma somos los dos.

Dale la carta

REY: Esto y más haré por ti.

RUGERO: ¿Tomaste la carta?

REY: Sí.
 RUGERO: Vete.
 REY: Voyme.
 RUGERO: Adiós.
 REY: Adiós.

Vase RUGERO

REY: ¿Vio suceso semejante
 el mundo? ¡Ah traidor Bugaro!
 Amor, daros gracias quiero;
 pues a no ser yo hoy amante,
 no supiera el trato falso
 de este traidor. Hoy verá
 Nápoles que el pago da
 al traidor un cadahalso.

Sale PRÓSPERO

PRÓSPERO: ¡Qué buenas fugas hiciera,
 a ser músico, el cobarde!
 Bien puedes hacer alarde
 de tu amor.

REY: ¿Huyó?

PRÓSPERO: Pudiera
 ser músico de interés,
 según pasacalles canta;
 que hacen pasos de garganta
 las gargantas de sus pies.
 ¿Qué es de las damas?

REY: Despacio
 le diré cuánto favor
 por ellas me hizo el Amor.
 Cerca de aquí está palacio
 al capitán de mi guarda
 llamad luego.

PRÓSPERO: Pues ¿qué ha habido?

REY: Milagros me han sucedido.

Por páramos y desiertos
 llegamos a media noche
 a la ciudad, y en abriendo
 las puertas de su palacio,
 entró tu señora dentro,
 despidiéndose amorosa;
 y los dos, de puro cuerdos,
 como insignias de meson,
 nos quedamos al sereno.
 ¡Cuerpo de Dios! ¿Fuera mucho,
 ya que fuimos arrieros
 de Amor, que el duque su primo
 nos pagara a queste tercio?
 ¿Somos sastres del Campillo?

ÍÑIGO: ¡Qué de respuestas que tengo
 que dar a tus necesidades!

GALLARDO: ¡Bien con ellas cenaremos!

ÍÑIGO: ¿Parécete a ti que fuera
 decente que un caballero
 como yo, llegara así
 delante del duque, necio?
 Si supieran en Rojano
 que yo por Matilde he vuelto
 contra el gusto de mi rey,
 ¿no me culparan por ello?
 Más precio que no me hallase
 aquí el presente molesto
 de Laura, por no quedar
 mi amor a satisfacerlo,
 que cuantas riquezas trae
 a costas el mar inmenso.

GALLARDO: Alto pues, ya que los dos
 a las reliquias volvemos
 de nuestra abrasada Troya,
 no hay sino cazar conejos
 vuesa merced; y yo darle,
 y hacer botones.

ÍÑIGO: Primero
 iré a ver lo que el rey manda,
 pues me llamó.

GALLARDO: ¿Agora? ¡Bueno!

¡Al cabo de cuatro días!

ÍÑIGO: No ha pasado mucho tiempo.

Cumpliré con mi lealtad,

y quitaré los recelos

de que acompañé a Matilde,

que no deben ser pequeños.

En anocheciendo, iré

a verle, que no me atrevo

a entrar en la corte así

de día... Pero ¿qué es esto?

Salen LISENO hablando a un CRIADO

LISENO: Mandó el rey que le avisasen

en llegando, porque él mismo,

recibiéndola, quería

honrar así su destierro;

y pues la hemos encontrado

en el camino, primero

que llegue a Nápoles, manda

Próspero que le llevemos

las nuevas de su venida.

CRIADO: En esta quinta harán tiempo,

miéntras sabe el rey que llega.

ÍÑIGO: ¿Podremos saber, Liseno,

dónde vais con tanta prisa?

LISENO: ¡Oh noble español! No espero

malas albricias de vos

por la nueva que al rey llevo.

Sabed que por la princesa,

de vuestras penas objeto,

a pesar de desleales,

su misma inocencia ha vuelto.

Supo por un caso extraño

las traiciones de Rugero

el rey don Fernando invicto,

y después de haberle preso,

al de Taranto ha enviado

y a otros muchos caballeros
 por ella, para que goce
 segunda vez a Salerno.
 Encontróla en el camino;
 porque el de Rojano, ejemplo
 de la lealtad en Italia,
 luego que supo el suceso
 de su desterrada prima,
 le dijo, "El valor que heredo
 de mi generosa sangre,
 no sufre que el vulgo necio
 vuestro honor en duda ponga.
 El rey es el juez, supremo
 de sus vasallos, y ante él
 que vamos los dos intento
 a averiguar la verdad."
 Y así a Nápoles partierou.
 Sale el rey a recibirlos;
 y miéntras a darle llego
 las nuevas de su venida,
 harán alto en este puesto.
 El ruido de los coches,
 si es que reparáis en ellos
 os dirá cuán cerca están.
 Si las albricias merezco
 de nuevas tan deseadas,
 de que lo mostréis es tiempo.

ÍÑIGO: Perdonad, Liseno amigo,
 si no os pago como debo.
 En esta escopeta sola
 se ha cifrado cuanto tengo.
 ¡Albricias de pobre, en fin!
 La dádiva es como el dueño.
 Tomadla, y de mi creed,
 que a ser rey, fuera lo mesmo
 que de aquesta niñería,
 Liseno, de todo el reino.

Dale la escopeta

LISENO: Ésta estimo yo en el alma,
 como de tal caballero;
 y adiós, que llega Matilde.

Vase con el CRIADO

ÍÑIGO: Gallardo, ¿qué dices de esto?

GALLARDO: Que estamos sin arcabuz,
 y seguros los conejos.

ÍÑIGO: ¡Bueno es que en eso repares,
 cuando loco de contento,
 por la nueva de tal dicha,
 habías de hacer extremos!
 ¡Cielos, Matilde está libre!
 En fe del gozo que nuestro,
 sacad el aparador
 que honra vuestro firmamento.
 Sol hermoso, ya Matilde
 es princesa de Salerno;
 entapizad de brocados
 aquestos montes soberbios.
 Luna, Matilde venció.
 Estrellas, signos soberbios,
 hoy Matilde entra triunfando;
 coronadle los cabellos.
 Elementos, haced todos,
 pues que sois invencioneros,
 fiestas a Matilde hermosa.
 Luminarias ponga el fuego,
 Vierta agua rosada el agua,
 tienda tapetes el suelo,
 aves, dadle el parabién,
 peces, romped el silencio.
 Sol, estrellas, luna, signos,
 montes, valles, elementos,
 peces, aves, brutos, plantas,
 ríos, lagos, mares, puertos,
 todos interesáis lo que intereso,
 y todos no igualáis a mi contento.

Vase don ÍÑIGO

GALLARDO: ¡Cielos! Don Íñigo ha dado
 la escopeta, y no tenemos
 qué comer sino tiráis
 estrellas a los conejos.
 Sol, don Íñigo está loco;
 pues sois luz, buscadle el seso,
 no le deje abuenas noches,
 que--¡vive Dios!--que lo temo.
 Luna, en sus cascos vivís.
 Cuatro cuartos por lo menos
 tenéis, dadnos otros tantos
 de ración, o ayunarémos.
 Estrellas, planetas, signos,
 ¿qué diablos os hemos hecho
 para influir en nosotros
 amores y no dineros?
 Aves, decidle a mi amo
 que sustentarle no puedo
 con botones y palillos,
 si en albricias los da luego.
 Peces, entraos por mi casa
 q aunque en carnal, comeremos
 pescado, como Vitorios,
 aunque os volváis abadejo.
 Brutos, aunque brutos sois,
 más lo es quien dio sin seso
 un arcabuz, que servía
 al hambre de despensero.
 Sol, estrellas, luna, signos,
 montes, valles, elementos,
 peces, aves, brutos, plantas,
 hambres, juros y reniegos,
 todos diréis conmigo que a tal tiempo
 quien la escopeta dio, o es loco o necio.

Vase GALLARDO. Salen PRÓSPERO, el DUQUE de Rojano,

y MATILDE, bizárramente vestida con la pluma de PRÓSPERO en la cabeza, y ACOMPAÑAMIENTO

DUQUE: Aquí habemos de esperar
mientras al rey dan aviso.

PRÓSPERO: Gracias al cielo, que quiso
a luz, princesa, sacar
vuestra justicia; y la suerte
que en veros restituída,
mi esperanza agradecida
en fe de mi amor advierte...

MATILDE: Creed que en el alma tengo
vuestras palabras impresas,
y que de vuestras promesas
agradecida, prevengo
paga igual a vuestro amor,
sin que os quede a deber nada.

PRÓSPERO: En la desgracia pasada
no fue bastante el rigor
del rey, ni el veros ausente
con dehonra tan notoria,
a que amor en mi memoria
no os adorase presente.
Esta banda que me distes
animando mi esperanza,
dirá si hubo en mi mudanza.

MATILDE: Andante firme anduvistes;
pero en esto no presuma
vuestro amor ser preferido;
que yo, como no he adquirido
de vos más que aquesta pluma,
aunque mis joyas perdí
mi hacienda, gusto y estado,
en su valor he cifrado
la fe que en vos conocí.

PRÓSPERO: ¿Según eso, el rey tendrá
el sí que espera de vos,
desposándonos los dos?

MATILDE: El rey es cuerdo, y verá

que siéndole yo obediente,
y haciéndoos tanto favor,
es justo que a vuestro amor
pague mi amor igualmente.

DUQUE: Admirable recreación
en otro tiempo sería
esta quinta, prima mía,
y cáusame compasión
el verla asolada así.

MATILDE: Mayor, duque, la tendréis,
si a su dueño conocéis,
pobre y retirado aquí
por mi causa.

DUQUE: ¿Cómo es eso?

MATILDE: Lo que le debo os dijera
si en persona no viniera,
loco te mi buen suceso.

Salen don ÍÑIGO y GALLARDO

ÍÑIGO: Bien creeréis, señora mía,
que en celebrar esta nueva
nadie ventaja me lleva
y aunque, en fe de esto, podía
hacer exageraciones.
Hable mi silencio aquí;
que ya vos sabéis de mí
que soy corto de razones.

MATILDE: Ya yo sé que en vos se cifra
más valor que encarecéis,
y que en las manos tenéis
la lengua, que habla por cifra.

Fernando, el rey mi señor,
don Íñigo, envía por mí;
que quiere, honrándome así,
trocar iras en amor.

Y en prueba de esto, pretende
darme esposo de su mano.
Lo mucho que en éste gano,

colíjalo quien me entiende.

Pero sin vos, no me atrevo,
don Íñigo, a desposarme;
ni yo, si no vais a honrarme,
podré pagar lo que os debo.

Si vuestro amor me, respeta,
en Nápoles os aguardo.

ÍÑIGO: ¿Cómo?

Dice aparte a GALLARDO

¿Qué es esto, Gallardo?

GALLARDO: (Las balas de la escopeta.) Aparte

ÍÑIGO: ¡Que a casaros vais, señora!

(¡Ay, ingratos desengaños!) Aparte

¿Con quién?

MATILDE: Con quien muchos años

ha que me sirve y adora.

Su firmeza a premiar vengo.

ÍÑIGO: ¿Podré yo quién es saber?

MATILDE: Mirad vos quién puede ser
de los que presentes tengo.

PRÓSPERO: Don Íñigo, el rey conoce

lo que a la orincesa quiero,
y el mismo ha sido el tercero
para que su mano goce.

Si me honra vuestro valor,
fuerza es que cumplido sea...
fuera de que el rey desea
veros y haceros favor.

ÍÑIGO: (¡Harto bien mi amor despacha! Aparte

¡Que esto escucho! ¡Que esto he visto!

¡Cielos!)

GALLARDO habla aparte a don ÍÑIGO

GALLARDO: ¡Oh! ¡Cuerpo de Cristo!

¡Con la princesa borracha!

¡Voto a Dios que es una puerca!

ÍÑIGO: Calla, y déjame.

GALLARDO. Ya callo.

Sale LAURINO

LAURINO: Señores, alto a caballo,
que tenemos al rey cerca.

MATILDE: Vamos pues.

ÍÑIGO: (¡Amor injusto! Aparte
¡Al fin tirano, al fin ciego,
al fin...!)

MATILDE: Haced lo que os ruego,
si os preciáis de darme gusto,
y quedaos, Íñigo, a Dios...

ÍÑIGO: (¡Qué hasta esto quiera obligarme!) Aparte

MATILDE: ...porque no pienso casarme
--¿entendéis esto?--sin vos.

Vase con su ACOMPAÑAMIENTO

GALLARDO: ¡Mas que nunca Dios la dé
salud, ni trapo en que la ate!

ÍÑIGO: ¡Que así Matilde me trate!
¡Que así se premie mi fe!
¡Cielos! ¡Tantos beneficios,
tantos días de firmeza,
gastada tanta riqueza,
perdidos tantos servicios!
¡Mi hacienda y casa encendida,
mal pagados mis empleos,
mal premiados mis deseos!

GALLARDO: ¡Y la escopeta perdida!

ÍÑIGO: ¡A tantas obligaciones
ingrata! ¿Y con vida yo?

GALLARDO: Por Dios, que se le soltó
gentil gato de doblones!

¡Bien nos remedió a los dos!

ÍÑIGO: ¡Que a su boda ha de llevarme!

Remedando

GALLARDO: "Sí, que no pienso casarme

--¿entendéis esto?--sin vos.

ÍÑIGO: ¡Con un hombre, todo viento,

todo plumas y palabras,

te casas, y estatuas labras

al desagradecimiento!

¡Con quien en la adversidad

tan corto y avaro fue,

que te vio salir a pie,

y en prueba de su crueldad,

a darte no se comide

el socorro limitado

del pobre mas desdichado

que de puerta en puerta pide!

¡Un hombre, un mozo siquiera,

que asegurara tu honor!

GALLARDO: Un borrico de aguador,

en que fueses caballera.

ÍÑIGO: ¿Y a quien con voluntad tanta

su pobre casa te dio...?

GALLARDO: ¿Y en una tabla durmió,

con medio tapiz por manta...?

ÍÑIGO: ¿A mi amor tan verdadero,

que a hacer por ti se dispuso...?

GALLARDO: ¿Contra la costumbre y uso,

a un lacayo botonero...?

ÍÑIGO: ¡Cosas indignas, en fin,

de mi nobleza y valor....!

GALLARDO: ¡Yendo a pata mi señor,

delante de tu rocín...!

ÍÑIGO: ¿Pagas con dejar burlada

mi fe, y os casáis los dos?

¿Tú eres noble?

GALLARDO: ¡Vive Dios,

que es una desvergonzada,

y que no tiene conciencia;

y si es mujer, salga aquí!

ÍÑIGO: ¡Y que me mandes ansí,
 porque muera en tu presencia,
 hallarme en tu boda!

GALLARDO: ¡Vos
 sois tan gentil Amadís,
 que iredes allá! ¿Advertís?

ÍÑIGO: Pues, ingrata, vive Dios,
 que ha de ver la corte toda,
 a costa se mi quietud,
 mi amor y tu ingratitud.
 Hallarme tengo a tu boda,
 y muriendo de esta suerte,
 seremos con nombre igual,
 yo hasta la muerte leal
 y tú ingrata hasta la muerte.

Vase don ÍÑIGO

GALLARDO: Pues no ha de quedar por mí.
 Vaya, en este trance fiero,
 la sogá tras el caldero.
 Soga soy. Ya voy tras ti.
 Muramos juntos los dos
 contigo quiero enterrarme,
 porque "yo no he de casarme
 --¿entendéis esto?--sin vos."

*Vase GALLARDO. Salen el REY, el DUQUE de Rojano,
 MATILDE, PRÓSPERO y ACOMPAÑAMIENTO*

REY: Princesa, toda mi corte
 de veros venir se alegra,
 a pesar de desleales,
 triunfando vuestra inocencia.
 Si engañado os castigué,
 con haceros hoy condesa
 de Valdeflor satisfago
 mi rigor y vuestras penas.

Princesa y condesa sois.

MATILDE: Esclava de vuestra alteza
es el blasón mas ilustre
que mi dicha estima y precia.

REY: Duque, de vuestra lealtad
habéis dado nobles muestras,
y es razón, pues me servís,
que salga yo de esta deuda
a mi hermana os prometía
quien, falseando mi letra,
en fe de que todo es falso.
Por mí os pidió la cabeza
de vuestra inocente prima;
pero yo que la nobleza
de vuestra sangre conozco,
he de cumplir su promesa.
Esposo sois de la infanta.

DUQUE: Si así vuestra alteza premia
propósitos de servirle,
ejecutados, ¿qué hiciera?
Con sus pies honro mis labios.

*Salen don INIGO y GALLARDO. Hablan los dos
retirados*

GALLARDO: Dios ponga tiento en tu lengua.

ÍÑIGO: A lo menos con mi vida,
que ya mi muerte se acerca,
quedaré libre de engaños
y Matilde satisfecha.

MATILDE: (¡Cielos! Don Íñigo es éste. Aparte
Amor, bastan tantas pruebas.
Prevenid a su lealtad
coronas que sean eternas.)

REY: Princesa, el conde de Anjou
poderoso, dicen que entra
contra mí, es necesario
salir luego a la defensa.
El príncipe de Taranto

ha de ser en esta guerra
mi capitán general
y no dudo que la venza
si agora le dais la mano;
que amor que esperanzas premia,
cuando con Marte se junta,
la vitoria tiene cierta.
Hacedme a mí este servicio.

MATILDE: Corriendo por vuestra cuenta,
Gran señor, mi ser y vida,
obedeceros es fuerza....

ÍÑIGO: (¡Ay cielos!) Aparte

GALLARDO: (¡Aquí fue Troya!) Aparte

MATILDE: ...pero, pues que vuestra alteza
servirle en esto me manda,
y compara la experiencia
a la muerte un casamiento,
pues en fe de esta evidencia,
los muertos y los casados
son solos los que se velan,
vuestra alteza aquí primero
ha de ajustar ciertas cuentas,
que están muy enmarañadas.

REY: ¿Qué enigma es ése, princesa?

MATILDE: Es un pleito de acreedores;
mas dígame vuestra alteza
¿la satisfaccion no manda
pagar en la especie mesma?

REY: La que es rigurosa, sí.

MATILDE: Luego, ¿es fuerza que quien deba
palabras, pague en palabras,
y obras en obras?

REY: Es fuerza.

MATILDE: Pues, príncipe de Taranto,
yo que soy deudora vuestra
de palabras y de plumas,
razón es que os pague en ellas.
En mi fortuna dichosa
me obligastes con promesas;
solo en palabras librastes

vuestra afición en la adversa;
 y así, en palabras os pago;
 y porque no sé que tenga,
 si no es sola aquesta pluma,
 de vuestro amor leve prenda,
 restituyéndoosla agora,
 quiero que Nápoles vea...

Quítase la pluma del tocado y dásela

...que os pago con igualdad,
 y salgo de aquesta deuda.
 Agora falta que pague
 obras que mi amor empeñan
 y dé por deuda pedida
 quien de mi olvido se queja.

*Dirígese a don ÍÑIGO, y le presente al
 REY*

Don Íñigo es, señor, éste,
 que viene ante vuestra alteza
 a hacer en mi ejecución,
 y pretende sacar prendas.
 Tres años ha que es ejemplo
 de valor y de firmeza,
 siendo su amor todo manos,
 si el príncipe todo lenguas.
 Tres veces me dio la vida;
 y es bien, pues es dueño de ella,
 que tome su posesión;
 y premiando su nobleza,
 en su favor sentenciéis
 a que yo su esposa sea.

REY: Quien tan bien, Matilde, paga,
 bien es que crédito tenga
 sobre mi reino y corona,
 y que don Íñigo adquiera

lo que es suyo de derecho.

ÍÑIGO: Déme los piés vuestra alteza,
y eche la culpa a mi amor
de que de este modo venga.

*Aquí debe aparecer SIRENA en el fondo del
teatro*

REY: Dadle a Matilde la mano;
y pues hoy se pagan deudas,
y en los reyes las palabras
de obras firmes tienen fuerza,
la que le ha dado mi amor
a vuestra hermana Sirena
quiero yo también pagar.
Mi esposa es, y vuestra reina.

ÍÑIGO: Todo el bien me viene junto,
GALLARDO: ¡Oh bien perdida escopeta!
¡Oh bien perdidos botones!
¡Oh bien abrasada hacienda!

Sale SIRENA

SIRENA: Gran señor, pues mi ventura
a vuestra real mano llega,
cuando no es merecedora
de los pies que humilde besa,
y hoy pagan sus deudas todos,
Laura está sin culpa presa,
a cuya causa atribuyo
lo que mi suerte interesa.
No he de ser yo sola ingrata.

REY: A mi gracia Laura vuelva,
y si Próspero es su esposo,
la haré del Ferro marquesa.

PRÓSPERO: Por su intercesor os puse,
gran señor, y si desprecia
mi dicha tanta merced,

han de decir en mi afrent
que no soy más que palabras.

SIRENA: Humilde a vuestra presencia
a besaros los pies sale.

Sale LAURA

MATILDE: Pues yo, gran señor, merezca
el perdón para su hermano.

REY: Como salga de mi tierra,
se le concedo por vos.

A don ÍÑIGO

GALLARDO: Y mis botones, ¿se quedan
sin pagar, cobrando todos?

ÍÑIGO: Gallardo, la quinta misma
de mis grandezas teatro,
con fábrica insigne y nueva,
en labrándola, será
tuya.

GALLARDO: ¿Y qué he de hacer en ella
sin dineros?

ÍÑIGO: Gozarásla
con mil ducados de renta.

GALLARDO: ¡Harto habrá para palillos!

REY: Vamos, y ordénense fiestas
que nuestras bodas serán
en dando fin a esta guerra.

ÍÑIGO: Deje palabras quien ama,
que sin obras todas vuelan;
porque palabras y plumas,
dicen que el viento las lleva.

FIN DE LA COMEDIA